49

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.

GALERÍA DRAMÁTICA.

LA ABUELA.

Pita

PRECIO: 8 RS.

S. H. G.

MADRID.—1864.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de S. Vicente, núm. 52.

10

LA ABUELA.

IMPRENTA DE CRISTÓBAL GONZALEZ.
San Vicente alta, núm. 52.

LA ABUELA.

DRAMA EN CUATRO ACTOS, ESCRITO EN FRANCÉS

POR LOS SEÑORES

AD. D'ENNERY Y C. EDMOND,

Y

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON FRANCISCO LUIS DE RETES

Y

DON ANTONIO ROTONDO.

Representado por primera vez
con extraordinario aplauso en el teatro del Circo, á beneficio
de D.ª Francisca Zafrané, el 21 de Abril de 1864.



MADRID.

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.

calle del Clavel, 11, 2.º

1864.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA DUQUESA.	DOÑA T. LAMADRID.
ELENA..	J. HIJOSA.
LA MARQUESA.	F. ZAFRANÉ.
BLANCA. . . . . , . .	A SERRA.
GERMANA.	C. ALBA.
EL DUQUE.	DON M. OSSORIO.
EL COMENDADOR.	J. BENETTI.
BLAS.	J. GARCIA.
GASTON DE MONTMARCY. . .	R. MARISCAL.
UN CRIADO. . . . . , .	M. VERA.

TRES MAGISTRADOS, QUE NO HABLAN.

La accion pasa en Bretaña, al principio del reinado de Luis XVI.

La propiedad de este drama pertenece á los señores Retes y Rotondo y nadie podrá sin su permiso reimprimirle ni representarle en los Teatros de España y sus posesiones.

Los corresponsales y agentes del CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

ACTO PRIMERO.

Sala en un castillo de la edad media.—Puertas vidrieras al fondo, que dan á un jardin.—Puertas á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA.

ELENA sentada á un velador.—LA MARQUESA en un sillon haciendo labor de punto.—GERMANA.—BLAS saliendo por el fondo.

Germ. Aquí está Blas, señora Marquesa.

Marq. Blas! qué sucede?

Blas. Señora, yo creo que cuando la conciencia está tranquila, con rezar por la mañana y por la noche basta: por eso desconfio de los santurrones que se están horas enteras en la iglesia cuando ya no hay nadie en ella.

Marq. Por qué dices eso?

Blas. Porque hace tres horas que la Duquesa entró en la capilla y todavía no ha salido.

Marq. Estará pidiendo á Dios que la perdone por haber ocupado el lugar de mi hija...

Elena. Abuela!

674417

MARQ. Tengo mucha razon! Has tenido una gran desgracia, Elena mia, con que tu padre haya contraido segundas nupcias: en esta casa siempre hubieras sido la primera; y hoy... hoy no ocupas el lugar que te corresponde.

ELENA. Vuestro cariño os ciega, abuelita: la Duquesa me quiere como si fuera hija suya; yo tengo en ella una madre.

MARQ. Una madre! Ya verás, ya verás cuando yo falte!.. ay! todos los mios han muerto: mi generacion ha desaparecido: creo que Dios me ha dejado olvidada en el mundo.

BLAS. Señora... y yo?

MARQ. Tienes razon, Blas. Pocos árboles habrá en el jardin que sean tan viejos como nosotros: ah! es una maldicion el sobrevivir á los hijos.

ELENA. Por qué, abuelita, si quedan nietos?

MARQ. Los nietos necesitan el cariño de la madre y el apoyo y la vigilancia del padre... pero tu madre está en el cielo y tu padre se ha olvidado de tí encenagado en los placeres de la córte de Versalles. Entretanto, su segunda muger, esa intrusa, es la dueña soberana de este castillo.

BLAS. Señora Marquesa, aunque á nosotros no nos corresponde hablar sin permiso de los amos, es tanto el cariño que mi ahijada Germana y yo profesamos á la señorita Elena, y tanto el ódio que tenemos á esa... señora que... que... Vamos, si á la señora Marquesa no le desagrada, yo sé de una yerba que se coge en luna menguante y de un conjuro que se pronuncia la víspera de la Candelaria antes de las doce de la noche, que nunca han fallado.

MARQ. Tú crees en esas cosas, Blas?

BLAS. Pues no he de creer? tanto, que á decir verdad, á eso se debe la aventura del caballo.

ELENA. Ay! fué un lance terrible!

BLAS. Toma! como que el animal se encabritó, y dió un salto de carnero: la Duquesa se agarró bien á la crin, pero sin remedio se hubiera estrellado contra los árboles del bosque, á no haberse arrojado el jóven que habita en el castillo vecino, á la brida del caballo, que le llevó arrastrando largo trecho.

ELENA. Pobre jóven! Aunque consiguió detenerle, cayó al suelo bañado en sangre y sin sentido.

MARQ. Desde aquella aventura la Duquesa está triste y preocupada: apenas sale del pabellon.

BLAS. No hará cosa buena, señora.

MARQ. Por qué dices eso?

BLAS. Porque algo medita: anoche, sin ir más lejos, al atravesar yo el jardin por delante del pabellon, ví luz en él; me aproximé, y descubrí á la Duquesa, detrás de las cortinas, escribe que te escribe... pues la luz no la apagó hasta que fué muy de dia.

MARQ. Sí; está escribiendo sus memorias: es la moda. De buena gana las leeria.

BLAS. Pues es cosa fácil.

GERM. Cómo, padrino?

BLAS. Todas las noches quedan abiertas las ventanas del pabellon... de modo que con la mayor facilidad..... Corre de mi cuenta.

MARQ. Aunque nada me importan á mí los pensamientos de esa mujer y no quiero acordarme de ella, no obstante desearia leer sus memorias.

BLAS. Yo me encargo de ello.

GERM. El señor Comendador. (Vanse.)

ESCENA II.

LA MARQUESA.—ELENA.—EL COMENDADOR.

COM. Señora Marquesa: dad órden de que tengan puesta la cadena al Goliat, porque no se puede pasar por el vestíbulo sin la espada en la mano; y ya sabeis, querida tia, que no soy amigo de emociones. Adios, hermosa Elena.

ELENA. Qué galante estás, primo!

COM. Más lo estaria, si no temiera conmoverme.

MARQ. Díme, sobrino: de qué proviene ese horror á toda clase de emociones?

COM. Ay, señora! de un deseo insaciable de instruirme.

ELENA. De veras?

COM. He aprendido anatomía, fisica, química, medicina, y, ay tia! la anatomía y la medicina me han demostrado de tal modo la fragilidad de la máquina humana, que ni quiero cantar, ni reir, ni sufrir... ni enamorarme; por eso he abandonado la corte.

MARQ. Castigo de Dios, sobrino: olvidaste que el estudio se ha hecho para los plebeyos.

ELENA. Castigo, abuela! Cuando el Comendador está reputado por uno de los mejores médicos de Francia!

MARQ. De qué sirve esa reputacion si no piensa ejercer?

COM. Ejercer! Dios me libre! quién resiste los ayes de un enfermo! los lamentos de la familia...

MARQ. Y entonces, sobrino, cómo has puesto á servicio de otro tus prodigiosos conocimientos en medicina? Cómo has asistido al caballero Gaston de Montmarcy, el héroe, el salvador de la Duquesa?

COM. Eso ha sido una excepcion.

MARQ. Y... á la Duquesa?..

COM. Vuestra nuera?

MARQ. (Con altivez.) La segunda mujer de mi yerno.
COM. Por excepcion tambien.
MARQ. Pero con mucho menos éxito. Desde el acontecimiento, que en realidad solo fué funesto al señor Gaston, ha mudado la Duquesa completamente de sistema de vida; vive sola, aislada, escribe de noche, apenas se digna presentarse, y anda taciturna y distraida. No te hace mucho honor esa cura, sobrino.
ELENA. Pues qué! la Duquesa está enferma!
MARQ. (Con ironía.) Son enfermedades morales, males del alma! Aqui viene; ved si me equivoco.

ESCENA III.

LOS MISMOS.—LA DUQUESA.

COM. (En verdad que nada se escapa á la buena de la Marquesa! La tiene un cariño maternal! En efecto, hay preocupacion!)
DUQUESA. (Tres dias que no viene. Ah! ojalá no le hubiera conocido...)
COM. Señora Duquesa!
DUQUESA. Ah! Comendador, no te habia visto! Marquesa!
MARQ. (Con frialdad.) Duquesa!
DUQUESA. Habeis pasado bien la noche?
MARQ. Muy bien, señora; gracias.
COM. (Oh! dulces emociones de familia! Cómo se quieren estas dos señoras!)
DUQUESA. Adios, Elena mia!
ELENA (Abrazándola.) Señora Duquesa...
MARQ. (Con despecho: mucha vivacidad.) Elena, dame el abanico!
ELENA. Si le teneis colgado del brazo !
MARQ. Es verdad !
ELENA. Y cómo sigue tu enfermo, primo?

Duquesa. (Turbada.) (Su... enfermo. .)
Com. Gaston! Mucho mejor. Pensaba llevármele á París.
Duquesa. Ah!
Elena. Le quiero mucho, porque os ha salvado la vida.
Duquesa. (Tomándola la mano.) Excelente corazon! (Vá á abrazarla.)
Marq. (Vivamente.) Quita de ahí esas flores, Elena; no puedo resistir su olor.
Elena. Abuela! si las margaritas no huelen!
Criado. (Anunciando.) El caballero Gaston de Montmarcy.
Duquesa. (Gaston!)
Com. (La Duquesa se ha turbado!)

ESENA IV.

Los mismos.—GASTON.

Gaston. (Saludando.) Señoras...
Duquesa. Estaba diciéndonos el Comendador que íbais á partir.
Gaston. Sí, señora Duquesa ; pero suspendo mi marcha por órden de mi padre.
Duquesa. De vuestro padre!
Gaston. Me escribe que hoy recibiré explicaciones...
Duquesa. (Cosa particular ! hoy tambien mi marido...) Es vuestro padre amigo de mi esposo?
Com. Y millonario... es contratista!
Gaston. Sí, señora, tiene ese honor.
Marq. (Con ironía.) Entonces se dará buena vida!
Duquesa. (Indicando á Elena con la mirada.) Señora, por Dios!
Marq. Me equivoco por ventura? Ya veis que el Duque no nos cansa con sus visitas, ni creo que gaste tampoco el tiempo en escribiros.
Duquesa. Estais en un error, señora... anoche recibí carta suya... Viene hoy....
Gaston. El Duque... aquí?
Duquesa. (Observándole.) Sí.

ELENA. Viene mi padre! qué felicidad!
COM. (El jóven se ha conmovido tambien.)
GASTON. (Mi suerte vá á decidirse.)
MARQ. (Con ironia.) Y cuánto tiempo piensa estar al lado de su hija?
DUQUESA. Ya sabeis, señora, que las visitas del señor Duque no suelen ser de larga duracion. Si llega hoy, lo más probable es que parta mañana.
MARQ. En otro tiempo no sucedia eso; es verdad, que entonces...
DUQUESA. Entonces... no era yo su esposa: no es cierto, señora?
MARQ. Señora... cierto es.
GASTON. (Tengo que tomar hoy mismo una resolucion.)

ESCENA V.

DICHOS.—GERMANA.

GERM. El coche del señor Duque llega á la verja.
DUQUESA. (Mi marido!)
ELENA. Mi padre! Corramos.
DUQUESA. Ven, Elena!
MARQ. Dame el brazo, Elena. Id delante; ya os seguimos.
GASTON. (Acercándose á la Duquesa y ofreciéndole el brazo.) Señora Duquesa....
DUQUESA. (Fingiendo no haberle oido y tomando el brazo del Comendador.) Ven, Comendador! (Vanse por el foro.)
MARQ. (A Elena.) Espérate.

ESCENA VI.

ELENA.—LA MARQUESA.

ELENA. No quereis que vaya á recibir á mi padre?

MARQ. Lo que no quiero es que te expongas á recibir un desaire, viendo que su primer abrazo es para la intrusa; lo que no quiero es que te prueben otra vez más, que en esta casa ocupas el último lugar, cuando de derecho te corresponde el primero.

ELENA. No merece la Duquesa el desden con que la tratais! Si viérais qué buena es para mí!

MARQ. Desden! no, no es desden; es ódio lo que profeso á esa mujer y á su hija: por ella eres tú una extraña en el castillo, y tan huérfana te has quedado por la muerte de tu madre, como porque tu padre vive. Por eso paso mi vida sufriendo, llorando y aborreciendo!

ELENA. Ay, abuela! Yo os quiero mucho, vos me quereis tambien, y sin embargo me haceis desgraciada.

MARQ. Calla! aquí están.

ESCENA VII.

LOS MISMOS.—EL DUQUE.—LA DUQUESA.—EL COMENDADOR.

DUQUESA. Siento que no hayais salido á recibirme, señora Marquesa; porque deseaba ofreceros mis respetos antes que á nadie.

MARQ. La primera es vuestra hija, señor Duque, y ni yo ni nadie tiene derecho para ponerse en su lugar.

DUQUE. Soberbio! Ya que todos hemos llevado nuestro merecido, permitidme que os bese la mano y que abrace á Elena. (Lo hace.)

ELENA. (Abrazándole.) Cuánto os amo, padre mio! Qué feliz soy al volveros á ver!

DUQUE. Tienes un excelente corazon!

MARQ. El corazon de su madre, señor Duque.

DUQUE. Sí, señora Marquesa, sí: el corazon de su madre, todo indulgencia, todo bondad, todo cariño, modelo de virtudes.... (A la Duquesa.) en una palabra, tu corazon, Duquesa.

DUQUESA. Gracias.

MARQ. Y el señor Duque, vá á estar mucho tiempo al lado de su hija?

DUQUE. Si traigo grandes noticias.... grandes sorpresas!

COM. Lo siento.

DUQUESA. Explícate.

DUQUE. Estoy enteramente trasformado: ya no deseo la córte: prefiero la vida del campo, el hogar doméstico: en fin, no vuelvo á Versalles, me establezco aquí, entre vosotros.

DUQUESA. (Se queda!)

ELENA. Oh! qué felicidad!

DUQUE. Qué te parece, Duquesa?

DUQUESA. Yo... no creia, no esperaba... estoy tan poco acostumbrada á tu presencia...

DUQUE. Que casi... casi lo sientes?

DUQUESA. Oh!... eso imaginas?

DUQUE. No... no... ya sé que te alegras mucho de mi vuelta: quedamos convenidos en ello. Comienzan las sorpresas. (A Elena.) Elena?

ELENA. Qué quereis?

DUQUE. Corre á la casa del guarda: allí te espera una persona. (Tu hermana! Silencio!)

ELENA. (Echando á correr.) Ah! (Vase.)

DUQUESA. Qué es eso?
DUQUE. Pronto lo sabreis.
MARQ. Decid, señor Duque, cómo?... cuándo se ha verificado en vos tan prodigiosa trasformacion?
DUQUE. A la muerte de Luis XV y al subir al trono Su Alteza real el Delfin.
COM. Cómo?
DUQUE. Sí; yo era hombre de la antigua córte, partidario de la vida de París, de sus placeres, de sus seducciones, decidido defensor del deslumbrante fausto de Versalles, con sus fiestas, su esplendidez, y...
COM. Y lo demás...
DUQUE. Todo eso ha desaparecido con el nuevo reinado: ya no hay carreras de caballos, ya no hay fiestas, ni saraos, sino reformas, economías, justicia.
MARQ. Es decir que se nos viene encima el fin del mundo?
DUQUE. Así es, señora Marquesa; se nos viene encima el fin del mundo... antiguo... y en el horizonte aparece la aurora del mundo moderno.
MARQ. Pero esto, qué quiere decir?
DUQUE. Esto quiere decir, que de hoy en adelante, la nobleza valdrá tanto por sus títulos como por su talento; porque el Rey, que tambien es filósofo, trata de sacar de la postracion en que se halla á esa nobleza que tanto ha sufrido.
MARQ. Que tanto ha gastado, direis.
COM. Que tanto ha sufrido, por no tener ya que gastar!
MARQ. Pero explicaos...
DUQUE. En una palabra, señora, el Rey dota á una de mis hijas y la casa dándola derecho para trasmitir á su esposo su nombre y su ducado.
DUQUESA. Oh! la proteccion de Su Magestad! Esta vez por lo menos no será estéril.
MARQ. Sin duda hablais de mi nieta: supongo que los reales despachos estarán á su nombre.

DUQUESA. Elena es la mayor, y claro es que á ella estará concedida la gracia.

MARQ. Efectivamente, Duque, es buena noticia y agradable sorpresa.

DUQUE. Más lo será cuando sepais que nuestra heredera se halla próxima á su casamiento.

MARQ. Me direis el nombre del futuro esposo?

DUQUE. Haré más, os lo presentaré.

DUQUESA. Ha venido contigo?

DUQUE. No... está aquí: si no se ha marchado ya... es porque su padre le ha mandado quedarse.

DUQUESA. (Con gran emocion.) Entonces es...

COM. (Con intencion.) Parece que lo hemos acertado, Duquesa?

DUQUESA. (Esforzando una sonrisa.) Ah! con que tú piensas como yo que es el jóven Gaston de Montmarcy?

MARQ. Gaston?

DUQUE. El mismo, y la carta que le he entregado á mi llegada, le habrá puesto ya al corriente de los deseos de Su Magestad.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—GASTON muy pálido, con una carta en la mano.

GASTON. Señor Duque, mi padre me habla en esta carta del enlace proyectado por el Rey.

DUQUE. Su Magestad ha prometido ser padrino. (El Duque habla aparte con la Marquesa.)

COM. (El dinero comprando pergaminos: siempre lo mismo.)

DUQUESA. (A Gaston.) (Recibid mi parabien.)

GASTON. (A la Duquesa.) (Ese enlace no puede verificarse y no se verificará.)

DUQUESA. (Por qué?)
GASTON. (Porque... porque amo á otra...)
DUQUESA. (Conmovida.) (A otra!)
GASTON. (Señora... en vos cifro toda mi esperanza!)
DUQUESA. (Temblorosa.) (Silencio! que os observan.)
DUQUE. Falta la última sorpresa, y esa la tenia reservada para tí.
DUQUESA. Para mí!
DUQUE. Sí: he determinado sacar á tu hija del convento: he ido yo mismo por ella... y ya la está abrazando Elena, en la casa del guarda.
DUQUESA. (Turbada.) Mi hija!
GASTON. (Blanca! Dios mio!)
MARQ. (Viene á casa!)
COM. Hoy es dia de emociones violentas; me parece que me marcho de aquí.
DUQUESA. (Voy á verla! á tenerla á mi lado! Ah! quiera Dios que no me sonroje en su presencia!)
DUQUE. Qué te parece la noticia?
DUQUESA. (Con frialdad.) Bien!
DUQUE. Con qué frialdad lo dices.
DUQUESA. (Dios mio!) Creo que sacarla así del convento... repentinamente...
DUQUE. No comprendo...
DUQUESA. Despues de tantos años de ausencia, quién sabe si me habrá olvidado, quién sabe...
DUQUE. (Con asombro.) Qué quieres decir?

ESCENA IX.

LOS MISMOS.—ELENA.—BLANCA, que llegan abrazadas.

ELENA. Blanca! tu madre!
BLANCA. (Abrazándola.) Madre mia!
DUQUESA. Blanca! qué alta estás! qué hermosa!

BLANCA. No podeis figuraros qué feliz... (Vé á Gaston.) Ah!

DUQUESA. Qué tienes?

BLANCA. Que soy muy feliz, madre mia, muy feliz.

MARQ. (Que los ha observado.) Si se conocerán!

DUQUESA. Tanto tiempo separada de tí!

DUQUE. (Repara, Comendador! Parece que tanto disgusto la causa el recobrar á su hija, como el verme en el castillo.)

COM. (Es una satisfaccion... comprimida.)

DUQUE. (Esta no es mi casa! este no es mi hogar!)

COM. (Tus largas ausencias le habrán amortiguado.)

DUQUE. (Yo reanimaré su fuego.)

COM. (Mucho tendrás que soplar.) (A la Duquesa.) Duquesa?

GASTON. (Acercándose á Blanca.) (Blanca, una gran desgracia nos amenaza.)

BLANCA. (Bajo.) (Cuál?)

GASTON. (Id.) (Silencio!)

MARQ. (Se han habiado!)

DUQUE. Ahora que toda la familia está reunida, es preciso poner en conocimiento de Elena la voluntad del Rey.

ELENA. (Qué va á decir!)

DUQUE. Elena: Su Magestad concede la trasmision de tu nombre y tu título al esposo que te ha elegido.

ELENA. Que me ha elegido?

DUQUE. Sí, Elena. (Presentandole á Gaston.) El caballero Gaston de Montmarcy es tu futuro esposo.

ELENA. Dios mio! (Corre á abrazar á Blanca.)

BLANCA. (Apoyandose en ella.) Ah! hermana mia!

ELENA. (A Blanca.) Calla! que yo lo arreglaré!

VOCES. (Fuera.) Viva el señor Duque!

DUQUE. Qué es eso?

ESCENA X.

Los mismos.—GERMANA.

GERM. Los colonos del castillo, que vitorean al señor Duque!

COM. (Parece que los novios no están muy de acuerdo!... ni yo tampoco.)

DUQUE. Pobres gentes! Voy á verlos. Vienes?

DUQUESA. Sí, ya te sigo.

MARQ. Quereis por esta vez darme el brazo, como si fuérais Elena?

BLANCA. Con mucho gusto, señora Marquesa... (La ofrece el brazo y todos se dirigen al fondo.)

MARQ. Señor de Montmarcy, dad el brazo á mi nieta! (A Blanca.) Qué buena estrella tiene ese jóven!

BLANCA. Muy buena, señora. (Vanse.)

ELENA. (A Gaston.) Acompañad á mi abuela, caballero. (Al Comendador.) Escucha, primo...

ESCENA XI.

ELENA y EL COMENDADOR al fondo.—LA DUQUESA sentada en un sillon, al proscénio derecha.

COM. Qué quieres, prima?

ELENA. Quiero decirte que ese matrimonio no puede verificarse.

COM. Ay, prima! me vuelves el alma al cuerpo. Y por qué?

ELENA. Por muchas razones: la primera porque no le amo.

COM. Eso...

ELENA. Porque él no me ama, porque quiere á Blanca; porque Blanca le quiere á él.

COM. A ese hombre le quieren todas las mujeres!

ELENA. Qué dices?

COM. Nada, nada: y cómo sabes tú?...

ELENA. Me lo ha confesado ella misma, cuando hemos venido aquí.

COM. Pero, cuál es tu intento?

ELENA. Quiero que veas á mi abuela y la digas que estoy decidida á no darle mi mano.

COM. Mira, prima, que esa comision...

ELENA. Entre tanto, yo voy á ver á Blanca, para que hable á su madre... Adios. (Vase.)

COM. No es mal encargo, á fé mia. Quién tiene valor para decir eso á la Marquesa?... esa es otra emocion, y de las buenas. Vamos! Yo no se lo digo. (Vase.)

ESCENA XII.

LA DUQUESA sola.

Esto es un sueño! Gaston vá á renunciar á tan halagüeño porvenir! qué sucederá cuando se sepa la causa, por la cual desprecia esa brillante posicion! Dios mio! Por qué le habré conocido? Y ahora qué debo hacer? qué lucha tan horrible! qué larga! me faltan las fuerzas, me encuentro sola, aislada, y al desbordarse mi alma solo tengo por confidente de mis penas, esas páginas escritas en mis eternas vigilias ay! á nadie puedo confiar los secretos de mi corazon, sino á mí misma. (Sale el Duque.) Mi marido!

ESCENA XIII.

EL DUQUE.— LA DUQUESA.

DUQUE. Qué buenas gentes! y hay quien prefiere la turbulenta vida de la córte á los dulces placeres del campo! (Viéndola.) Ah! eres tú, Duquesa! Cómo no me has acompañado?

DUQUESA. Estaba algo indispuesta... tu llegada... la de Blanca... tantas emociones á un tiempo.

DUQUE. Serán las últimas ya, Enriqueta, porque estoy resueltamente decidido á mudar de vida.

DUQUESA. Tú!

DUQUE. Sí! Recuerdo mis faltas, cual si en este momento acabára de cometerlas; pero como el perdon está sobre la justicia, á tu corazon me dirijo, que generoso y bueno, sabrá al ver mi mudanza concederme el perdon que tanto necesito, el olvido de lo pasado.

DUQUESA. Duque, el perdon depende de nuestra voluntad.... El olvido le concede Dios!.. Por mi parte hago cuanto puedo... te perdono.

DUQUE. Ah! no salga de tus labios un fallo inapelable!... aun no nos hallamos en el ocaso de nuestra existencia: por qué dar á la felicidad una eterna despedida? Lo que hoy te pido no es la ternura de los primeros años; harto sé que la desdeñé y por ello sufro el castigo. Existe en el mundo un amor más sagrado que el afecto conyugal, el amor paterno. Concédeme, por Dios, este último, que yo amaré de tal suerte á nuestra hija, que algun dia perdonarás al padre las faltas del esposo!...

DUQUESA. Me pides nada menos que el olvido de lo pasado y la felicidad para lo porvenir, y me hablas cual si solo contára yo algunos dias de tristeza y de lágri-

mas. Ignoras, por ventura, que hace quince años que padezco? Los primeros de nuestra union desaparecieron para no volver más. Veíame sola, abandonada.... y frente á frente de ese espectro vivo, la madre de tu primera mujer, mi enemiga mortal, cuya mirada implacable y fiera parecia decirme:—«Intrusa.»—Dias hubo en que el valor me abandonó. Entonces te llamaba, pero tú no venias.... quise hallar fuerzas en el cariño de mi hija, y mi hija habia sido separada de mi lado! Hoy me la devuelves, pero mi corazon se ha aniquilado á fuerza de sufrir, y tanto han llorado mis ojos, que apenas la conocen.

DUQUE. Confieso que he sido muy culpable: estoy arrepentido, y me someto á todas las pruebas de la espiacion; pero, por Dios, no cierre tu fallo las puertas de mi esperanza!

DUQUESA. Diez y seis años contaba yo, cuando te dí mi mano; y crees, por ventura, que esos diez y seis años pueden volver?

DUQUE. (Con sentimiento.) Enriqueta... aqui tienes tus diez y seis años... (Al ver que aparece Blanca y bajando la voz.) Dios te los devuelve en la persona de tu hija.

ESCENA XIV.

DICHOS.— BLANCA.

BLANCA. Madre mia!

DUQUE. Acércate, Blanca! (Indicándola la Duquesa.) Amala mucho, hija mia; su corazon ha sufrido terriblemente con nuestra ausencia. (Siempre fria! siempre impasible! ah! ni ama al padre, ni á la hija! (Se vá, y Blanca le mira marchar asombrada. La Duquesa que hasta entonces estuvo inmóvil, cae en un sillon.)

ESCENA XV.

LA DUQUESA.—BLANCA.

BLANCA. (Arrodillada y besándola las manos.) Madre mia! Sois desgraciada?

DUQUESA. Yo... no... por qué lo dices?

BLANCA. No contengais el llanto por mí: si vos me rechazais, en quién podré depositar mis secretos, mis penas?

DUQUESA. Tus penas dices? (Mirándola con fijeza.) Sí: tú sufres, has llorado mucho: habla, hija de mis entrañas... habla... díme lo que te aflije...

BLANCA. No me atrevo, madre mia!

DUQUESA. Dímelo todo: ahora que veo tus penas, es cuando comprendo lo mucho que te amo. Y yo dudaba de mi cariño! Creia que mis ojos no te reconocerian!.. Estaba loca! las madres conocen á sus hijos con el corazon, no con los ojos.

BLANCA. Cuán buena sois! (La besa.) Si supiérais... si yo me atreviera á deciros... (Oculta su cabeza en el seno de su madre.)

DUQUESA. Blanca! Blanca! (Levántandola la cabeza y mirándola.) Tú amas?

BLANCA. (A media voz.) Sí.

DUQUESA. Y temes confesármelo? pobre niña! Mira! (Colocándola la cabeza en su corazon.) aquí hablarás, no es verdad?

BLANCA. Creo que sí.

DUQUESA. Ademas quiero ayudarte. Tú tenias una amiga en el convento. No es cierto?

BLANCA. Sí, señora.

DUQUESA. Esa amiga tenia un primo... ó un hermano..

BLANCA. Un hermano, sí, un hermano! es particular: cómo adivinais!

DUQUESA. Que iba á verla..

BLANCA. Con mucha frecuencia.

DUQUESA. Y tú acompañabas alguna vez á tu amiga al locutorio...

BLANCA. Siempre.

DUQUESA. Es un jóven amable... buena figura...

BLANCA. Ya lo creo!.. pero...

DUQUESA. Y crees que te ama?

BLANCA. Mucho.

DUQUESA. Es de buena familia? Cómo se llama?

BLANCA. Le conoceis.

DUQUESA. Tanto mejor: dí su nombre?

BLANCA. Está aquí.

DUQUESA. Aquí!

BLANCA. Sí: es Gaston.

DUQUESA. (Levantándose y fuera de sí.) Cómo! Gaston!..

BLANCA. El mismo!

DUQUESA. Gaston! no puede ser! Por fuerza has perdido el juicio... Por Dios, díme la verdad.

BLANCA. (Temblorosa.) La verdad estoy diciendo.

DUQUESA. Eso es imposible!.. Gaston no puede amarte... nunca te amará.

BLANCA. Os juro, madre mia, que es todo lo contrario.

DUQUESA. Estás cierta?

BLANCA. Sí, lo estoy!

DUQUESA. Hará ya tiempo, porque desde que vino de París han pasado tres meses.

BLANCA. Justo! tres meses.

DUQUESA. Ah! pobre niña! al cabo de tres meses tu imágen se habrá borrado.

BLANCA. Le juzgais muy mal: ni un solo dia ha dejado de escribir á su hermana, hablándola siempre de mí.

DUQUESA. Cómo! es decir... que... estando aquí... á mi lado...

BLANCA. Oh! no le culpeis... la culpable soy yo... yo soy quien le aconsejó que se viniera cerca de vos.

DUQUESA. Cómo! tú le aconsejaste?

BLANCA. Ya sabeis que no es noble: no se atrevia á solicitar una alianza con nosotros; pero yo le dije:—Gaston, avecindaos en el castillo; tratad á mi madre, que os conozca; cuando ella sepa que mi felicidad depende de nuestra union, no omitirá esfuerzos ni desvelos para realizarla.

DUQUESA. Calla por piedad, Blanca, calla. (Cae anonadada en un sillon, y Blanca se arrodilla á su lado con cariño.)

BLANCA. Despues me ha confesado que habia tenido un gran pensamiento. Puedo enseñaros la carta que me escribió cuando os salvó la vida: qué frases tan bien sentidas! es la mejor de todas. Y queríais que no le amase habiendo sido vuestro libertador?

DUQUESA. (Aterrada.) Es decir que cuando vino á residir aquí cerca...

BLANCA. Era por estar al lado de mi madre.

DUQUESA. Con que sus atenciones... sus desvelos...

BLANCA. Eran por mi madre!

DUQUESA. Y cuando mostraba envanecido la herida que recibió al salvarme, era solo por tu madre?

BLANCA. Sí.

DUQUESA. (Cuán loca fuí! cuán desgraciada!) (Solloza y se cubre el rostro con las manos.)

BLANCA. Llorais? sí... llorais por culpa mia!

DUQUESA. Culpa tuya! pobre Blanca! no lo creas: (Levantandose.) todo se acabó ya.

BLANCA. Madre mia! qué es esto?

DUQUESA. Nada: dame un abrazo. Otro... Me quieres mucho, no es verdad?

BLANCA. Con delirio.

DUQUESA. Nuestra separacion...

BLANCA. Me desesperaria.

DUQUESA. Tienes razon, hija mia! Te faltarian las fuerzas para luchar; la desesperacion te mataria, y yo no podria defenderte.

BLANCA. Madre mia! cuán buena sois?

DUQUESA. Buena!... qué sabes tú? verdad es que cuando niña te colmaba de caricias... pero en realidad, qué he hecho yo por tí? Hasta ahora he sido tan solo madre... desde hoy comienzo á ser buena madre. Blanca: tú me has reconciliado conmigo misma! por tí alzo la frente y soy feliz! Dame otro abrazo! hija de mi corazon! (*Estan abrazadas cuando aparecen el Duque y el Comendador.*)

ESCENA XVI.

DICHOS.—EL DUQUE.—EL COMENDADOR.

DUQUE. (*Notando la actitud de las dos.*) (La hija es más feliz que el padre!)

COM. (Valor, Duque, y sobre todo no te enternezcas.)

DUQUE. Vengo á despedirme de tí.

DUQUESA. Qué dices?

BLANCA. Despedirse!

DUQUESA. No por cierto, no partirás!

BLANCA. Bien!

DUQUE. Cómo!

DUQUESA. No partirás, no: te ruego que olvides lo pasado.

DUQUE. (Este cambio se lo debo á mi hija.) Blanca, eres el ángel tutelar de esta casa!

BLANCA. Yo!

DUQUESA. Dice bien tu padre. Mucho la debemos, y así espero que no vacilarás cuando se trata de su bienestar.

DUQUE. Su bienestar? Habla y cuenta, á fé de caballero, con todo cuanto dependa de mí.

DUQUESA. Pues has de saber, que...

BLANCA. (*Viendo que se acercan la Marquesa y Elena.*) La Marquesa!

ESCENA XVII.

DICHOS.—LA MARQUESA.—ELENA.

DUQUESA. Señora Marquesa: deseo tener una grave explicacion, y celebro infinito que esteis presente.

MARQ. Una... explicacion... decis?

ELENA. (Al Comendador.) (La has hablado?)

COM. (No he dicho á nadie una palabra.)

ELENA. (Bajo al Comendador.) (Nos ayudarás?)

COM. (Idem á Elena.) (Estoy dispuesto.)

DUQUE. (A la Duquesa.) Cuando gustes.

MARQ. Sí: sepamos de qué se trata.

DUQUESA. Vais á saberlo. Comendador!

COM. Duquesa!

DUQUESA. Ten la bondad de llamar á Gaston.

COM. Con mucho gusto... (Mejor... con eso me escapo.)

ELENA. Vuelve despues.

COM. Allá veremos.

ELENA. Vuelve!

COM. Volveré! (Vase.)

MARQ. Con que, Duquesa...

DUQUESA. Se ha proyectado el enlace de Elena y Gaston.

MARQ. Decid más bien, que tal es la voluntad del Rey.

DUQUESA. Pero es el caso que Elena no ama á Gaston.

MARQ. Sí, eh!

DUQUESA. No es así, Elena?

ELENA. Así es, señora.

MARQ. Proseguid.

DUQUESA. A pesar de las buenas dotes de Elena, Gaston no la ama.

MARQ. Los que se casan muy enamorados no suelen ser

los más dichosos, y la señora Duquesa y yo conocemos muchos por el estilo. No es cierto, Duque?

DUQUESA. Señora, ese enlace causaria la desgracia de Elena.

MARQ. No comprendo el interés que os tomais por mi nieta.

DUQUESA. Eso consiste en que el...

ESCENA XVIII.

DICHOS.—EL COMENDADOR.—GASTON.—Y luego BLAS.—GERMANA.

COM. Aqui teneis al señor Gaston.

GASTON. La señora Duquesa, se ha dignado llamarme?

MARQ. Decíais, Duquesa, que...

DUQUESA. Decia que la boda de Elena con Gaston es irrealizable.

TODOS. Irrealizable!

ELENA. (Muy bien!)

MARQ. Supongo que la falta de amor no será la causa.

DUQUESA. (Conmovida.) La causa es que el señor Gaston ama á otra, y esta le corresponde.

MARQ. Y podríamos saber su nombre?

DUQUESA. Es mi hija.

DUQUE. Blanca!

COM. Te lo iba á decir.

DUQUESA. Decid, señor Gaston, es cierto que la amais?

GASTON. Así es, y no tengo reparo en confesarlo, porque sé que Elena seria desgraciada con esa union.

ELENA. Es cierto, caballero.

MARQ. Silencio!

GERM. Qué pasa? (Germana habla con Blas.)

MARQ. Ahora comprendo perfectamente el interés que os

tomábais por mi nieta. Sabed, señor Duque, que de lo que aquí se trata es de arruinar á vuestra hija mayor en provecho de la segunda.

DUQUE. Qué decis, señora?

DUQUESA. Señora Marquesa!

MARQ. Señor Gaston, para que vos os enlaceis con la familia del Duque, claro está que vuestro padre exigirá en cambio de su fortuna el ducado que Su Magestad ha tenido á bien trasmitir.

GASTON. Más diré, señora; creo que mi padre lo exigírá como cláusula principal.

MARQ. Y no es eso causar la ruina de Elena? de esa pobre niña, que no tiene madre que la ampare?

DUQUE. Señora Marquesa, cada palabra vuestra es un insulto á mí y á mi mujer: y si vos desconoceis el desinterés y la nobleza de su corazon, yo no. Ignorais, por ventura, que yo nunca he establecido preferencia entre mis dos hijas?

MARQ. Cuál es pues vuestra resolucion?

DUQUE. Es la voluntad de nuestro soberano, que nuestra casa recobre su perdido explendor, y para ello ha dispuesto que una de mis hijas trasmita mis títulos á su esposo: pues bien, si esto no puede ser, perezca el lustre de mis blasones. Mis hijas valen más que todo eso.

MARQ. (Con ira.) Señor Duque!

DUQUE. Ah! Dónde está vuestra generosidad, señora Marquesa? Por qué no dejais que una se sacrifique por la otra? por qué vuestro orgullo quiere sacrificar á las dos? Pensais que lo permitiré yo?

MARQ. (Con ira.) Señor Duque!

DUQUE. Señora Marquesa! Repito que no lo permitiré. (A Elena.) Hija mia: en nombre de tu difunta madre, dí la verdad: eres gustosa?

ELENA. Lo soy.

DUQUE. Renuncias sin sentimiento al título que tu marido debia llevar?

ELENA. Qué significa para mí un título, si he de comprarle con la desgracia de mi hermana?

DUQUE. Está bien: ahora ya puedo tomar una resolucion.

DUQUESA. Habla.

MARQ. (Encolerizada.) Duque: medid las palabras que vais á pronunciar.

DUQUE. Gaston: mañana mismo impetrareis el beneplácito de Su Magestad para que consienta vuestro enlace con Blanca mi hija.

MARQ. Ah!

BLANCA. Padre mio!

MARQ. Su.... enlace... es decir.... es decir.... que mi nieta se queda arruinada. Dios mio! Por qué habeis permitido que viva? que presencie.... no.... no.... no puedo más! (Cae en un sillon acometida de un ataque epiléptico.) Yo me muero!

DUQUE. Señora!

BLAS. (Cuánto vá que nos la asesinan?)

ELENA. Abuela! Abuelita! no responde!

DUQUESA. (Acudiendo á ella.) Señora!

COM. Dejadla: ya respira mejor, ya vuelve.

BLANCA. En efecto, ya abre los ojos. (La Marquesa mira con extravio. Blanca se arrodilla á su lado.) Abuelita! querida abuelita! Dios mio! Y yo soy causa de todo esto? perdonadme.

ELENA. Sí: perdonadnos á las dos.... decid que nos perdonais!...

BLANCA. Por lo menos vuestra mano.

MARQ. Mi mano.... á tí... (Dice con la cabeza que no.)

ELENA. (Suplicando.) Abuelita!

MARQ. No puedo.

TODOS. Cómo!

DUQUE. Qué ha dicho?

Com. (*Soltando un brazo de la abuela, que ella deja caer.*) La señora Marquesa....

Duque. Qué?

Com. Ha quedado paralítica.

Duque. Es decir que morirá?

Com. De este ataque, no; pero si se repite, no habrá remedio alguno.

Germ. La huérfana no tiene ya más amigos que nosotros!

Blas. No importa; la boda no se llevará á cabo.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Parque muy cubierto de hojarasca: un pabellon con puerta practicable á la izquierda del teatro: una ventana muy rasgada, que dá al proscenio, permite que el público presencie cuanto pasa en el pabellon, dentro del cual se distingue un escritorio de señora.—A la derecha el castillo con puerta que dá al parque: debajo de la ventana del pabellon, un banco.

ESCENA PRIMERA.

GERMANA.—CRIADOS que sacan en un sillon á la MARQUESA.

Germ. Aquí, dejadla con cuidado... el dia está hermosísimo, y el señor Comendador ha dispuesto que la señora Marquesa respire el aire puro. (Los criados dejan á la Marquesa á la derecha, y vanse.) Cómo os encontrais, señora Marquesa?

Marq. Así, así, Germana: gracias á los asíduos cuidados del Comendador y de Elena, he podido librarme de la muerte. La cabeza está firme... pero como tengo

todo el lado derecho impedido, ni puedo andar ni mover el brazo, y esto me contraría en extremo.

GERM. No tengais cuidado, señora; hubo un momento en que el señor Comendador os creyó completamente curada.

MARQ. Vana esperanza! mi enfermedad no tiene cura.

GERM. Quién sabe (*Viendo á Blas, que sale.*) De donde venís, padrino?

ESCENA II.

LOS MISMOS.—BLAS.

BLAS. De la montaña: las yerbas que necesito, no se hallan en todas partes: ya veremos si curan ó no á la señora Marquesa, con solo colgarlas de los piés de la cama...

GERM. Si la señora Marquesa sana con ellas, buena recompensa os espera.

BLAS. Á mí me basta que se cure, aunque los demas lo sientan.

MARQ. Calla, Blas: dejemos á Dios que los castigue.

BLAS. A Dios... á Dios...

GERM. Pues ya parece que se acuerda de ellos: la hija no está buena.

BLAS. Es verdad: el otro dia la encontré en la alameda, y me pareció que estaba pálida y ojerosa. (*Aparte á Germana.*) (La cosa marcha.)

GERM. (*A Blas.*) (Causa ya efecto, padrino?)

BLAS. (Vaya!)

MARQ. No hablemos de ellos, Blas.

BLAS. Y por qué no, señora Marquesa? Deber nuestro es descubrir sus mañas, y yo os prometo que hoy mismo he de entregaros los papelotes que escribe por la noche la Duquesa.

MARQ. No dejes de hacerlo.

BLAS. (A mí el que me la hace me la paga.) (A Germana.) Lo tienes todo ya preparado?

GERM. Todo.

BLAS. Pues llévalo esta noche á mi cuarto.

GERM. Está bien, padrino.

ESCENA III.

LOS MISMOS.—EL COMENDADOR.

COM. Ya veo que se cumplen exactamente mis instrucciones y que os han sacado á respirar el aire puro del jardin... Cómo seguís, tia?

MARQ. Lo mismo, sobrino: creo que tu ciencia es inútil.

COM. Qué quereis decir?

MARQ. No ves que en cuanto la paralisis llegue al corazon ó á la cabeza...

COM. Ya lo impediremos: ha habido ocasion en que os creí completamente curada:

MARQ. Yo!

COM. Sí; y la ciencia tiene recursos... tiene medicamentos poco conocidos...

MARQ. Como los de Blas?

BLAS. Los mios, señora Marquesa, no los cambio por los del señor Comendador.

MARQ. Bien: marchad.

BLAS. Vamos, Germana. (Al salir.) Ya se verá lo que hace Blas... (Con intencion.) por unos y por otros. (Al marcharse Blas y Germana, se detienen viendo entrar á Elena y á Blanca.)

ESCENA VI.

Los mismos.—ELENA.—BLANCA.

Marq. Quién está ahí?

Elena. Nosotras, abuelita.

Marq. Elena!

Elena. Y mi hermana.

Marq. Tu... tu hermana.

Blanca. Os traigo flores, señora Marquesa.

Marq. Flores...

Blas. (A Germana.) Mírala qué desmejorada está.

Germ. Es verdad.

Marq. Flores! servirán para adornar una sepultura!

Elena. Qué decís?

Blanca. Ah, señora... (Llevándose la mano al corazon.) qué daño me hacen vuestras palabras!

Elena. Qué tienes, hermana mia?

Com. Qué palidez!

Elena. (Sosteniéndola.) Blanca!

Blas. (A Germana señalando á Blanca.) Cuando digo que la cosa marcha! (Vanse.)

Com. Se pasó ya, prima?

Blanca. Sí. Os habeis asustado? Ay! de algunos dias á esta parte siento una cosa que no puedo esplicar: hay momentos en que parece que estoy muerta.

Todos. Muerta!

Com. En efecto, es muy extraño.

Blanca. No se lo digais á mi madre: quiero ocultárselo; no os lo hubiera dicho yo, á no ser porque las palabras de la señora Marquesa me han conmovido profundamente.

Marq. Te equivocas, Blanca; me referia á mi sepultura; no á la tuya.

ELENA. A ninguna de las dos. Vos, abuelita, os pondreis enteramente buena con las medicinas del Comendador; y tú, Blanca, serás completamente feliz en cuanto vuelva Gaston.

MARQ. Ah! Partió ya...

COM. El Duque le dió cartas...

MARQ. Sí; ya lo sé... ya lo sé... ha ido á presentarse al Rey para que ratifique la cesion que hiciste del derecho de primogenitura.

ELENA. (Con reconvencion.) Abuela!

MARQ. Qué! han mudado de opinion?

BLANCA. No señora, y por esa misma razon mi madre desea hablaros.

MARQ. (Levantando la cabeza con ira.) Hablarme!... no... no quiero verla.

ELENA. Abuela... por Dios!

MARQ. Se puede saber con qué objeto desea tener una entrevista la señora Duquesa conmigo?

BLANCA. Quiere hablar con vos del generoso desprendimiento de Elena.

MARQ. De la ruina de mi nieta, querreis decir?

ELENA. Abuela, la Duquesa es buena y cariñosa, y me ha dado parte de su proyecto.

MARQ. Qué proyecto es ese?

ELENA. La fortuna de nuestra casa no está perdida enteramente, porque á pesar de los gastos que ha tenido que hacer mi padre en la córte, aún queda el dote de la Duquesa, que asciende á quinientas mil libras.

MARQ. No comprendo...

ELENA. Pues bien, abuela, dicen que he hecho un sacrificio inmenso... Qué error! La felicidad de mi hermana es mi mayor ventura; y en lugar de sentirlo, tengo un vehemente placer en cederla mi título y la mano de Gaston.

COM. Esta niña es un ángel.

MARQ. Continúa.

ELENA. La señora Duquesa se ha empeñado, á pesar de mi resistencia, en hacerme donacion para acrecentar mi dote, de esas quinientas mil libras que corresponden á Blanca.

MARQ. Qué insulto!

ELENA. Abuela!

MARQ. Qué escarnio! Tu sacrificio no se paga con nada, Elena!

BLANCA. Señora... (Dirigiéndose á un banco y sentándose.) (Ah, Dios mio!)

MARQ. No se paga con dinero: hace mal la Duquesa en pensar en tu porvenir: hay en Francia conventos donde las doncellas nobles hallan amparo contra las penas y los desengaños del mundo.

ELENA. Os advierto, abuela, que no tengo vocacion de monja.

COM. Cómo de monja! pues no faltaba más...

ELENA. Creeis que no he de encontrar un buen marido?

COM. Pues no le ha de encontrar!... ó si no... (Ya iba á decir un disparate.)

ESCENA V.

LOS MISMOS.—GERMANA.—CRIADOS.

GERM. La señora Duquesa.

MARQ. Llevadme de aquí... llevadme á mi habitacion... no quiero verla... no quiero oir esa odiosa proposicion.

COM. Pero señora...

MARQ. Llevadme digo. (Los criados cogen el sillon y entran á la Marquesa en el castillo. Vase Germana con ellos.)

ESCENA VI.

ELENA. — EL COMENDADOR. — BLANCA. — Despues LA DUQUESA.

COM. Qué geniecito! ya! ya!

ELENA. Blanca, qué tienes?

BLANCA. Estoy sufriendo horriblemente, Elena mia! (El Comendador, inquieto, se acerca á ella.)

DUQUESA. (Saliendo.) Y la Señora Marquesa? (Reparando en su hija.) Blanca!

BLANCA. (Procurando ocultar sus sufrimientos.) Madre mia!

DUQUESA. Qué tienes?

ELENA. Hermana mia!

BLANCA. No es nada.... nada.... un vahido, pero ya se pasó.

DUQUESA. Quieres acostarte?

BLANCA. No: prefiero dar un paseo con Elena por el jardin... eso me aliviará. (A Elena.) Acompáñame, sufro mucho.

DUQUESA. Iré contigo.

BLANCA. No hay necesidad.... tranquilízate, madre mia.... si no es nada.... Ven Elena. (Vase por el fondo apoyada en el brazo de Elena.)

COM. Pues señor! no salgo de enfermos. (Aparece Blas en el fondo y se oculta entre los árboles.)

ESCENA VII.

EL COMENDADOR.— LA DUQUESA.

DUQUESA. Qué es esto, Comendador? De qué la ha provenido ese desmayo?

COM. Ya veremos.

DUQUESA. Veremos dices! qué! te inspira algun cuidado? habla, por Dios.

COM. Eso no se repetirá.

DUQUESA. Entonces sabes lo que es?

COM. Tal vez! Tengo dudas.... calculo que.... pero de todos modos la libraremos del peligro.

DUQUESA. Pues qué! hay peligro?

COM. No: ahora no: voy á acompañarlas... nada temas.

DUQUESA. Yo entretanto veré á la Marquesa!

COM. Es inútil, nada conseguirás.

DUQUESA. Por qué?

COM. Elena se lo ha dicho todo, y su altivez toma tu generosidad por una limosna.

DUQUESA. Oh! qué carácter! Pero mi hija...

COM. Voy al momento, Duquesa. Oh! si mis sospechas se confirmaran!.. qué horror! (Aparte al salir.) Pero yo lo descubriré todo y lucharemos. (Saca un libro del bolsillo.)

ESCENA VIII.

LA DUQUESA, sola.

Pobre Blanca! cómo ha sabido disimular sus padecimientos por no darme que sentir. Qué he hecho yo, Dios mio, para que así me castigueis! si tuve un momento de locura, á la presencia de mi hija, mi pié se detuvo al borde del abismo; combatí mis pasiones, y extinguí hasta el último recuerdo de mis locas quimeras. (Deliénese.) Oh! no: aún quedan esas páginas, vivo testimonio de mis culpables desvarios... allí están. Oh! tal vez ellas son causa de mis penas... voy á que desaparezcan para siempre. (Entra en el pabellon, abre el escritorio y saca un legajito de papeles que recorre. En este momento aparece Blas en el proscenio y observa á la Duquesa.)

ESCENA IX.

LA DUQUESA.—BLAS.

BLAS. (La Duquesa habrá ido á cuidar á su hija... esta es la mejor ocasion para cojer los papeles... Calla!.. está ahí!)

DUQUESA. Sí: que no quede vestígio alguno.

BLAS. (Volveré.) (Desaparece.)

DUQUESA. (Con la vista fija en los papeles.) Es posible que yo haya escrito esto? que lo haya pensado! (Leyendo.) «Lu-»char!.. siempre luchar! me faltan las fuerzas. Co-»nozco que le amo con todo mi corazon, y si un dia »supiera que amaba á otra mujer, Dios mio! eso se-»ria mi sentencia de muerte ó la de mi rival.» (Deja caer el papel y se tapa el rostro con las manos.)

ELENA. (Dentro.) Señora Duquesa.

DUQUESA. (Alzando la cabeza y escuchando.) Elena me llama.

ELENA. (Dentro.) Señora Duquesa.

DUQUESA. Ah! se habrá puesto peor mi hija. (Mete los papeles en el escritorio Sale Elena rápidamente, y cuando la Duquesa se lanza del pabellon, la cabeza de Blas aparece entre las ramas.)

ESCENA X.

LA DUQUESA.—ELENA.

ELENA. Señora... Blanca pregunta por vos.

DUQUESA. Voy! (Con angustia.) Está peor?

ELENA. No, no señora.

DUQUESA. Elena mia... siempre tienes el consuelo en tus labios. (Vase vivamente.)

ELENA. Ah! procuro tranquilizarla... y lo estoy yo, por ven-

tura? El Comendador estaba inquieto al observar á Blanca y al consultar su libro... Qué horrible enfermedad es esa! Mi padre!

ESCENA XI.

ELENA.—EL DUQUE.—Luego BLAS.

DUQUE. Elena, el estado de tu hermana es algo alarmante, y quisiera tener una junta.

BLAS. (Apareciendo en el prosćenio delante del pabellon, y mirando dentro de él.) (No hay nadie.)

ELENA. Una junta!

BLAS. (Entremos.) (Se mete por la ventana del pabellon.)

DUQUE. Pienso llamar al doctor Disdier. Dí á Francisco que venga; montará á caballo y llevará una carta que voy á escribir ahora mismo.

ELENA. Voy, padre mio!

BLAS. (Aquí los tendrá guardados: voy á abrirle.) (Abre el escritorio.)

DUQUE. Sí: quiero que venga.

BLAS. (Aquí están los papeles: asunto concluido.) (Toma los papeles y los guarda.)

DUQUE. Que venga, aunque su presencia sirva tan solo para tranquilizar á mi mujer. (Entra en el pabellon y vé á Blas.)

ESCENA XII.

EL DUQUE.—BLAS.

DUQUE. Un hombre! Blas! Qué haces aquí, miserable?

BLAS. No os incomodeis, señor amo.

DUQUE. Vienes á robar?

BLAS. A robar! Dios me libre! (Finje llorar.) Yo! un criado que hace sesenta años que está en la casa... lla-

marle ladron su buen amo... ah! Dios mio! Dios mio! quién me habia de decir?.. á mis años...

DUQUE. Basta ya! Por dónde has entrado?

BLAS. Por la ventana. Señor, creí que la puerta estaba cerrada, y...

DUQUE. Y qué vienes á hacer aquí?

BLAS. Toma! yo!..

DUQUE. (Cogiéndole de un brazo.) Responde... (Cáensele los papeles.) Qué es esto?

BLAS. Esto... esto es lo que venia á buscar.

DUQUE. Papeles! Y para qué querias robarlos?

BLAS. No eran robados, señor, eran prestados.

DUQUE. Responde.

BLAS. Señor Duque... los enfermos suelen tener antojos... y es necesario...

DUQUE. Qué tienen que ver estos papeles con mi hija?

BLAS. No es solo vuestra hija la que está enferma en el castillo.

DUQUE. La señora Marquesa! ha sido ella la que te ha encargado que sustraigas esos papeles?

BLAS. Sí, señor, digo... no señor... Cierto dia la oí decir que de buena gana los leeria... y yo... por servirla... La pobre señora no tiene muchas satisfacciones que digamos.

DUQUE. Vete: no vuelvas á presentarte ante mi vista.

BLAS. Ya me voy, mi buen amo: Dios os conserve la vida por largos años (Vase á un gesto amenazador del Duque.)

ESCENA XIII.

EL DUQUE solo.

Para qué querrá la Marquesa estos papeles? ella! eterna enemiga de la Duquesa! no debe ser por mera curiosidad... no... debe ser un arma contra no-

sotros, contra mi mujer... Veamos. (Reconoce los papeles.) Me engañaba: son apuntaciones de la Duquesa; sus pasatiempos... la tristeza de su vida... su aislamiento... mis extravios... luego su a... mor... sí, su amor... Leamos. (Lee.) «Conozco que una pasion se »ha apoderado de mí... que amo á ese hombre!... »Amor culpable.» (Hablado.) Mi deshonra es pública, puesto que la Marquesa buscaba las pruebas. Prosigamos. «Conozco que le amo con todo mi corazon, »y si un dia supiera que amaba á otra mujer... Dios »mio! eso sería mi sentencia de muerte ó la de mi rival.» (Hablado.) Su nombre! el nombre de ese miserable! (Reconoce vivamente los papeles.) Gaston de Montmarcy... su futuro yerno! no es este... aqui habla de la caida del caballo. (Lee.) «Qué valor! qué noble»za de alma! cuán feliz se creia al verse herido por »salvarme! Gaston! Gaston! te amo con idolatria.» (Con voz sombria.) Desventurada! Qué horrible precipicio se abre ante mis ojos! Todo lo comprendo ahora; su turbacion cuando llegué!... la conmocion que experimentó cuando vió á su hija, su frialdad, su mal reprimido encono... Pero por qué mostró tanto interés en que se llevara á efecto el casamiento de Blanca? Qué criminal proyecto habrá concebido? (Sale el Comendador.)

ESCENA XIV.

EL DUQUE.—EL COMENDADOR.

COM. Armando: acabo de ver á tu hija.

DUQUE. Vienes á anunciarme alguna nueva desgracia?

COM. No; Blanca no está peor; pero ya estoy cierto, lo oyes? ya estoy cierto de conocer la causa de su enfermedad...

DUQUE. La causa? habla!

COM. Pues bien; has de saber que es...

DUQUE. En nombre del cielo!

COM. Es... un veneno!

DUQUE. (Asombrado.) Un veneno!.. Quieren asesinar á mi hija!

COM. Creo haber triunfado de las tentativas hechas hasta el dia, pero es preciso que no se renueven; es preciso descubrir la mano criminal que atenta á la vida de Blanca.

DUQUE. La mano criminal! Hay más desventuras, Dios mio!

COM. Ten valor, y unámonos para evitar con nuestros esfuerzos que el crímen se repita, porque entonces tal vez mi antídoto sea ineficaz.

DUQUE. Que se repita! Pues qué imaginas? De quién sospechas?

COM. El veneno es el arma de los débiles... Si Blanca no se hallára en el seno de su familia, creeria que tiene á su lado una mujer que la aborrece.

DUQUE. Una mujer!

COM. Que quiere asesinarla!

DUQUE. Una mujer que la aborrece! (Mirando el manuscrito con terror.) «Conozco que seria mi sentencia de muerte ó la de mi rival.» (Con fuerza.) No, no es cierto! es imposible! créelo, tan horrendo crímen es imposible! no puede abortar la tierra mónstruos tan infames!

COM. De quién hablas?

DUQUE. Hablo de... no sé... pierdo la razon! Dios mio! se atenta á la vida de mi hija, y sospecho de ella!

COM. De quién?

DUQUE. No: los deberes más sagrados se conculcan; los más santos juramentos se infringen; puede arrostrarse la deshonra y la infamia, pero nadie asesina á sus hijos.

COM. Qué oigo! es decir que....

DUQUE. Calla! desventurado, calla.

COM. (Al ver que se acerca la Duquesa.) Su madre!

DUQUESA. (Saliendo.) Blanca sigue lo mismo... algo mejor...

DUQUE. (Repito que no puede ser... déjame solo con ella... y por tu vida á nadie digas una palabra.... lo oyes?)

COM. A nadie. (Vase.)

ESCENA XV.

EL DUQUE.— LA DUQUESA.

DUQUESA. Está mejor, pero qué te pasa, Armando! qué pálido estás! por qué me miras así? En tus ojos veo la cólera!... la amenaza! qué tienes?

DUQUE. Qué tengo, señora? Mirad! (Enseñándole los papeles.) Vos misma habeis cuidado de denunciaros.

DUQUESA. Oh! todo lo sabe!... todo! (Ocúltase el rostro en las manos.)

DUQUE. Por qué ocultais el rostro? Enmudeceis de vergüenza!... los remordimientos se pintan en vuestro semblante!

DUQUESA. (Cayendo á sus pies.) Armando, perdonadme! no me juzgareis con tanta severidad como yo misma me he juzgado.

DUQUE. Y lo confiesa! Señora, apelad á la hipocresia, á la mentira, á los falsos juramentos; llevad la duda á mi alma: esa horrible verdad descarnada y seca me espanta.

DUQUESA. No; no quiero acallar el grito de mi conciencia, y aun cuando por un rasgo de generosidad me perdonárais vos, y lo olvidáseis todo... cómo habia de perdonarme yo! cómo habia de olvidarlo!

DUQUE. Perdon! olvido! tan espantoso es vuestro crímen, señora, que aun cuando os viera en el lecho de muerte arrepentida y agonizando.... ni os perdonaria, ni lo olvidaria.

DUQUESA. Severo juez sois! mas... ay! cuando el culpable pide compasion, no reclama un derecho, implora una gracia.

DUQUE. Ni la mereceis como esposa, ni como madre.

DUQUESA. Ni como madre! Pues de qué crímen me acusais?

DUQUE. De qué crímen! Dios no ha consentido que se lleve á cabo. Sabed, señora, que Blanca se ha salvado.

DUQUESA. Blanca! ¿por qué me hablais de Blanca?

DUQUE. Señora! si hubiera bebido unas cuantas gotas más del veneno, hubiera muerto! Pero... la infame tentativa fracasó.

DUQUESA. Ah! qué es esto? (Deténese.) yo desvarío... no la mereceis como esposa... sí... sí... ni como madre... es decir... que sospechais de mí? No, no es posible.

DUQUE. Leed, señora. (Enseñándole los papeles.) «Mi sentencia de muerte ó la de mi rival.»

DUQUESA. Oh, qué infamia! qué horror! qué especie de hombre sois para haber podido abrigar tan abominables sospechas! Es posible que haya surgido en vuestra mente la idea de que yo... yo, que no os he faltado en diez y ocho años, yo respetada por la sociedad entera, yo soy un mónstruo, que asesino á mi hija! Ah! Señor Duque, sentimientos tan bastardos no son hijos de corazones nobles y generosos.

DUQUE. Que no me ha faltado!

DUQUESA. (Con fuerza.) No. Ante mí soy culpable, pero ante vos inocente: con qué derecho reclamais de la esposa un cariño que vos desdeñásteis, abandonándola sin piedad y desgarrando un corazon que era todo vuestro? Si por un instante dí lugar á un culpable sentimiento, Dios, al devolverme mi hija, iluminó mi alma con la luz del deber, y yo misma me impuse la expiacion. Por eso, señor Duque, no teneis derecho para castigar á la esposa, y yo os prohibo que ultrajeis á la madre.

DUQUE. Y estos papeles, señora: estas páginas escritas por vos misma, no os acusan? Vuestro amor se exhala en amenazas de muerte contra vuestra rival.

DUQUESA. Acabad de leerlas, señor Duque: hasta ahora solo habeis encontrado en ellas los vestigios del combate... leed más y hallareis las pruebas de la victoria.

DUQUE. Pruebas decis? cuáles son?

DUQUESA. Leed, leed. (Hojeando los papeles que el Duque no suelta.) Ved aqui el dia en que volví á ver á mi hija, el dia en que me descubrió sencillamente su corazon.

DUQUE. Qué más?

DUQUESA. Aquí teneis á la rival extremecida, loca!

DUQUE. Qué más?

DUQUESA. Vedla cómo desfallece, cómo vacila, cómo llora!

DUQUE. Y cómo la madre se alza al fin triunfante y gloriosa! Enriqueta! pensemos tan solo en nuestra hija! Unámonos para libertarla del peligro que la amenaza.

DUQUESA. Vuestra obligacion, señor Duque, es descubrir al asesino y castigarle..: la mia velar por mi hija!... á nadie se la confio, ni á vos. De hoy más no me separaré de su lado... que vengan á arrancarla de mis brazos... es mia... me pertenece... lo ois? De ella respondo ante Dios!

ESCENA XVI.

LOS MISMOS.—BLANCA.

DUQUE. Enriqueta! aqui está.

DUQUESA. Ah! hija! hija de mi alma! (Corriendo hácia ella y abrazándola, llénala de besos llorando.)

BLANCA. Qué teneis? por qué llorais? Yo que creí que os alegraríais tanto de verme levantada.

DUQUESA. Sí, hija mia! sí que me alegro; tanta es mi felicidad

que me embarga el corazon. (Oh esa palidez... esos ojos amortiguados... eso es...)

DUQUE. (Silencio, Enriqueta.)

ESCENA XVII.

LOS MISMOS.—EL COMENDADOR.

DUQUESA. Comendador! de hoy más seremos dos á cuidar de ella... tú y yo... (Con energia.) pero los dos solamente, porque yo respondo de su vida.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala: al fondo, un lecho con cortinas de muselina: frente al lecho, un sofá. Ventana á la derecha, en primer término. Puertas á derecha é izquierda. Puerta secreta á la izquierda en segundo término.

ESCENA PRIMERA.

EL COMENDADOR.—ELENA. (Como continuando la conversacion.)

ELENA. Con que la consulta que has tenido con el doctor Disdier ha confirmado tus sospechas?

COM. La consulta era inútil; yo estaba seguro.

ELENA. Seguro?

COM. Las tentativas de envenenamiento reconocen tres causas: el suicidio, la venganza ó la casualidad.

ELENA. El suicidio! no es posible! por qué habia de atentar Blanca á su vida, cuando tan halagüeño se le presenta el porvenir?

COM. Luego tiene que ser la venganza ó la casualidad; esta no es creible; de modo...

ELENA. La venganza! Oh! qué horror! Quién habia de ser capaz...

COM. No lo sé: á nadie acuso; pero puedo asegurarte que desde que la señora Duquesa se encargó de cuidarla

ella sola, á pesar de su inquebrantable persistencia...

ELENA. Acaba.

COM. No: hago mal en hablarte de esos terribles misterios; pero tienes un modo de preguntar que no puedo resistir...

ELENA. Acaba, primo.

COM. No es posible.

ELENA. Quiero saberlo todo: lo oyes? todo.

COM. Pues bien, desde las infinitas precauciones de... de la señora Duquesa, las tentativas no son tan frecuentes; pero no han cesado.

ELENA. No han cesado?

COM. No, Elena.

ELENA. Se han empeñado en asesinar á mi hermana?

COM. Ah! si supieras qué incesante lucha sostengo contra el asesino, que se burla de mis investigaciones y de mi astúcia! Si supieras en qué dósis tan pequeñas usa el veneno, confiado en que no ha de dejar huella! de qué modo observo su aparicion ó su progreso, cómo le combato, cómo le venzo, cómo le destruyo hoy para verle aparecer mañana más terrible, más amenazador que núnca! Si supieras con qué angustia examino el pálido y enflaquecido rostro de la pobre enferma. Ah! Entonces me acuso á mí mismo; creo que yo tengo la culpa de sus sufrimientos, porque no sé lo bastante para curarla; y, ay! si la viéramos espirar en nuestros brazos, me volverian loco la desesperacion y los remordimientos. (Llora.)

ELENA. (Tomándole la mano con que se tapa los ojos.) No, no, no morirá: y tú, amigo mio, no tengas remordimiento alguno; eres el mejor de los hombres.

COM. Yo!

ELENA. Sí, el mejor, puesto que á pesar de tu repugnancia

á todo lo que puede conmoverte, nos quieres tanto que estas llorando como yo.

COM. Bah! mis lágrimas nada significan.

ELENA. Por qué?

COM. He estado tanto tiempo economizándolas, que no es extraño que ahora corran con tanta facilidad.

ELENA. Ah, amigo mio! eres bueno! muy bueno!

ESCENA II.

LOS MISMOS.—GASTON.—BLANCA.—Gaston dando el brazo á Blanca.

GASTON. Doctor, aunque el sol declina, puesto que habeis mandado que la enferma tome el aire libre, la señora Duquesa y yo vamos á dar con ella un paseo en coche hasta el bosque.

BLANCA. Y vamos á partir ya? Todavia tenia muchas cosas que deciros.

ELENA. Hace ya más de una hora que estais hablando juntos.

GASTON. Es verdad: he contado á Blanca mi viaje á Paris.

BLANCA. Una hora? Qué pronto ha pasado!

GASTON. Gracias! sobre todo á mi viaje, á quien debo esa cariñosa contestacion: mi llegada á Paris, la benévola acogida con que el rey me ha honrado, la alegria de mi padre que os ama como si fuérais ya su hija; todo ha pasado ante mí como un sueño que deseaba ver terminado, porque me detenia lejos de este castillo en donde vos padecíais.

BLANCA. Oh, tranquilizaos! ya estoy mejor.

ELENA. Estás mejor, no es verdad?

BLANCA. Sí, hermana mia.

ELENA. Ah! Si bastara solo el quererte para que te pusieras enteramente buena...

BLANCA. Ya hace mucho tiempo que tú me hubieras curado.

ELENA. Oh! sí.

GASTON. Con que ha sido tan grave su enfermedad, Comendador?

COM. Sí: no: quiero decir...

ELENA. Ha sufrido mucho!

BLANCA. Ay, Elena! aquellos momentos de crísis que no podia resistir, que sobrepujaban á mis fuerzas, no es de lo que con más terror me acuerdo... otra cosa... otra cosa me ha ha hecho sufrír mucho más; otra cosa que á nadie he descubierto.

GASTON. El qué?

BLANCA. Aquellas noches!... aquellas noches! ay! no puedo recordarlas sin extremecerme!

COM. Explícanos, cuéntanos eso.

ELENA. Sí, habla, hermana mia.

BLANCA. Algunas veces, cuando todo descansaba á mi alrededor, me parecia entrever una forma humana que se acercaba á la cabecera de mi lecho, y que se inclinaba sobre mi frente; sentia el álito de su boboca helar mi rostro; veia brillar en la oscuridad dos ojos que me miraban amenazadores; luego el espectro se alejaba lentamente, apenas tocaban sus piés el pavimento, y antes de desaparecer lanzaba sobre mí una mirada de cólera y ódio que me llenaba de espanto: entonces un frio mortal se apoderaba de mí, queria gritar, pero la voz me faltaba; perdia el conocimiento, y cuando volvia en mi acuerdo, me encontraba en los brazos de mi madre.

COM. (De su madre!) Seria ella!...

ELENA. Ella!

COM. Que iba á ver si dormias con tranquilidad.

BLANCA. Mi madre me mira siempre con cariño, y ya te he dicho que en aquella mirada todo era encono, todo era aborrecimiento.

GASTON. Es extraño!

COM. (Sí... muy extraño!) Bah! Eso es una escitacion ner-

viosa; una turbacion cerebral. Vaya, vaya; hay que olvidar todas esas cosas: solo de hablar de ellas te has conmovido, estás temblando... (La toma el pulso.) y el pulso está un poco alterado!

ELENA. (Toma del velador una tetera, echa tisana en una taza y se la presenta á Blanca.) Toma, Blanca; esto te tranquilizará.

BLANCA. Gracias! (Bebe un poco.) Tenias razon, doctor; no me siento tan bien!

COM. No; al contrario: la agitacion cesa y el pulso va cediendo.... cediendo.... de un modo particular.

BLANCA. Ah! qué ardor!

COM. (Si parece que vá á dejar de latir repentinamente: y desde que ha bebido!) (Blanca lleva de nuevo la taza á sus labios, pero el Comendador la detiene el brazo.) No, no bebas eso!

BLANCA. ¿Por qué?

COM. Porque no quiero... (Conteniéndose.) Porque voy á recetarte otra bebida.

ELENA. (Al Comendador.) Qué es eso?

COM. (Los mismos síntomas.)

ELENA. (Reprimiendo un grito.) (Ah!)

COM. (Silencio!) Pronto! un vaso de agua.

ELENA Voy por él. (Váse vivamente.)

COM. No tomes nada hasta que yo te dé una bebida que prepararé yo mismo.

BLANCA. Ay, primo, tengo mucha sed.

ELENA. (Trayendo una botella de agua y un vaso.) Aquí está. (El Comendador echa agua en el vaso y pone en el agua gotas de un frasquito.)

COM. Bebe esto. (Blanca bebe.)

GASTON. Cómo os encontrais ahora?

BLANCA. Ah! ya se vá pasando... (Sonriéndose.) si no ha sido nada !... soy una miedosa.... pero qué quereis? es muy triste la muerte cuando tengo la certeza de ser amada.

COM. (Pobre niña! Oh! yo mismo examinaré el contenido de esa tetera.)

GASTON. Ah! Ya está ahí el coche. Los Duques nos esperan.

COM. Anda, prima; el aire libre te es conveniente.

BLANCA. Vienes con nosotros, Comendador?

COM. No... tengo... tengo que hacer un experimento... importante.

BLANCA. (Cogiéndole del brazo.) Por lo menos... hasta el coche.

COM. Bien... (Pero volveré.)

ELENA. (Preocupada.) (Los mismos síntomas ha dicho!)

GASTON. (Llamándola.) Venís Elena? Elena!

ELENA. Sí, sí; ya voy. (Vanse los cuatro. En cuanto la puerta se cierra, ábrese otra al lado opuesto y aparece Germana.)

ESCENA III.

GERMANA.—Luego BLAS.

GERM. Ya se han marchado... (Fuera.) Venid, padrino. (Sale Blas: toda la escena debe representarse con misterio y en voz baja, despues de haber mirado al rededor.)

BLAS. No hay nadie? (Saca de un saco un paquete.) Aquí lo tienes. (Dándola un rollo y un paquete.) Ahora, hija mia, trabaja con fé; mira que con esto será feliz la señorita Elena.

ESCENA IV.

LOS MISMOS.—EL COMENDADOR.

COM. (Asombrado de ver á Germana y á Blas.) Germana aquí!... y Blas!

GERM. El señor Comendador!

BLAS. El Comendador!

COM. (Vive Dios! Si habré dado con los criminales?) Qué estais haciendo aquí... en el cuarto de la señorita Blanca?

GERM. Nosotros, señor Comendador?

BLAS. Hemos venido mi ahijada y yo... á... á...

COM. Por qué os turbais? por qué no respondeis sin vacilar? No sabeis á lo que habeis venido?

BLAS. Pues no lo hemos de saber? Vaya si lo sabemos...

COM. Díme la verdad, miserable, ó si no...

BLAS. No me toqueis, señor, no me toqueis.

COM. Responde.

BLAS. Os voy á decir la verdad.

GERM. Padrino!

BLAS. (Con enerjia.) He dicho que voy á decir la verdad, y la diré... Hemos venido aqui, porque nos interesa nuestra señorita, porque no es feliz, porque la han robado su herencia, su título, sus riquezas.

GERM. Y tambien su novio.

COM. Continúa.

BLAS. La señorita Elena es como si dijéramos hija nuestra, y ya que todos la abandonan, nosotros hemos jurado librarla de las desgracias que la amenazan.

COM. Y yo he averiguado de qué medios os habeis valido.

GERM. Vos, señor Comendador!

COM. (Con autoridad.) Todo lo sé.

BLAS. Qué habeis de saber! esas cosas solo las saben los pastores más viejos de la comarca; y yo os las diré, porque lo he prometido.

COM. Habla pues!

BLAS. En otro tiempo trage yo á la señorita una Divina Pastora para que la librase del mal de ojo; pero se la regaló á la otra, y desde entonces todo le sale mal; por eso veniamos á quitársela, y á poner en su lugar esta que no tiene la virtud de aquella. Luego con la ayuda de señor San Miguel, á quien rezaré un dia de luna llena en el Espartal, y poniendo debajo de la cama un paquete de estramonio y un ramito de acebo, ya estoy cierto de que se volverán las tor-

nas; que nadie hará caso de Blanca, y recobrará nuestra señorita su fortuna y el corazon de su novio. Eso es lo que veníamos á hacer aqui, señor Comendador.

COM. Intentais, por ventura, engañarme con vuestras brujerias?

BLAS. Os he dicho la verdad... y juro por...

COM. No quiero juramentos, sino pruebas. (Abre los paquetes.) Qué es esto?

GERM. Esto? La estampa de la Divina Pastora.

COM. Es verdad! y esto?

BLAS. El estramonio y la rama de acebo.

COM. Es cierto! pero otras son vuestras intenciones.

GERM. Otras! no señor, no señor.

COM. Es falso.

BLAS. Es tanta verdad, como nos hemos de morir; y fálteme Dios á esa hora...

COM. (Enfurecido.) Mentira! mentira infame! Yo os voy á decir la verdad! Estais fraguando la muerte de la hija de la señora Duquesa. Sois unos asesinos!

BLAS. (Irguiéndose.) Asesinos!

GERM. Nosotros!

COM. Blanca ha estado á punto de morir, y aun no está fuera de peligro.

BLAS. Cuando les llega su hora, lo mismo se mueren los jóvenes que los viejos.

COM. Blanca ha estado á punto de morir á consecuencia de una tentativa criminal, y el culpable es uno de vosotros.

GERM. Uno de nosotros!

BLAS. Decís que el culpable es uno... (Cojo á Germana del brazo y la dice aparte:) (Díme, Germana, has hecho tú eso?)

GERM. (Yo no!)

BLAS. (No mientas; dímelo por la memoria de tu madre.)

GERM. (Yo no!)

BLAS. Señor Comendador! miradme de hito en hito, y conocereis en mis ojos si miento; tocad esta mano ruda y callosa; tocadla, señor, vereis que no tiembla como la de un asesino. Quereis saberlo todo? Pues todo lo vais á saber! Aborrezco al señor Duque, porque en vez de pensar en su hija, ha ido á buscar la felicidad de la vida en otra parte: aborrezco á la Duquesa, porque ha venido á ocupar el sitio de nuestra difunta ama; y aborrezco á su hija, porque por ella no es la señorita rica y feliz. Para vengarnos de todos, encenderemos velas, rezaremos novenas y pediremos á los santos del cielo que los confundan, porque si nos engañamos, si hacemos mal, ni Dios ni los santos nos harán caso; pero hacerse uno justicia por su propia mano, querer matar á una niña, ese, señor, es el crímen más villano que puede cometerse: y en fin, si el alma rebosa ódio es por cariño, por lealtad á los amos; y el cariño y la lealtad, nunca, señor Comendador, nunca engendran asesinos.

BLAS. (Con intencion.) Bien! Tal vez me equivoco: vuestra turbacion, la emocion que en vuestro rostro se pinta, son testimonios en vuestro favor.... y yo me alegraria de que fuérais inocentes.

GERM. (Conmovido.) Lo somos! no lo dudeis; y si es malo hacer esos conjuros, demasiado castigados estamos con la sospecha que de nosotros habeis tenido. Asesinos! asesinos!.... ¡Ah! ahora... ahora... que se fué la ira... señor.... solo con pensarlo... (Cae en una silla.) solo con pensarlo, señor, creo que voy á llorar... sí, sí... ya lloro.... de vergüenza y de pena. (Llora)

GERM. Padrino!

COM. Ea! sosiégate... y...toma, toma para que te tranquilices... (Dirjgiéndose al velador donde está la tetera.) Germana!

GERM. Señor.

COM. Que beba eso.... Quieres?

GERM. Sí señor.

COM. (Echando la bebida en una taza.) (No se turba.) Es la bebida dispuesta para la señorita Blanca; dásela, Germana. (La da la taza.)

GERM. Voy, señor Comendador. (Presentando la taza á Blas, que la toma. El Comendador se acerca vivamente á él.)

BLAS. (Preparandose á beber.) Gracias! Pero ya no creeis....

COM. (Poniéndole la mano en el brazo.) (Comienzo á dudar.)

BLAS. Pues creednos, señor... (Va á beber.) creednos.

COM. Os creo! os creo! viene gente. (Coje vivamente la taza.) Salid pronto de aqui, y que nadie sepa que habeis estado.

GERM. Nadie!

BLAS. Pero... nos habeis perdonado?

COM. Sí: pero salid, salid de aqui. (Hácelos partir.) Si no es él, entónces por fuerza tiene que ser...

(Un criado saca un candelabro.)

ESCENA V.

EL COMENDADOR.—EL DUQUE.

COM. (Viendo entrar al Duque.) Ya de vuelta? Habeis hecho bien: la noche es nociva.

DUQUE. Sí; y ademas se ha puesto mala Blanca.

COM. Dónde está?

DUQUE. Se ha quedado con su madre en el salon bajo.

COM. Bien: estamos solos: tengo que hablarte.

DUQUE. Qué quieres?

COM. Hará cerca de un mes que te advertí que se trataba de asesinar á tu hija: yo no te indiqué el culpable, pero tú sospechaste de una persona, á quien aquel

mismo dia confiaste la vida de tu hija: no es cierto? responde.

DUQUE. Es cierto: á dónde vas á parar?

COM. Quiero que recuerdes que aquella persona respondió de la vida de Blanca, y que desde entonces no ha permitido que nadie se acerque á la enferma.

DUQUE. Y bien?

COM. Mira. (Toma la taza, saca un frasquito y llama la atencion del Duque.) Esta bebida está destinada á tu hija: la Duquesa ha sido la que la ha preparado. (Enseña el frasquito.) Este es un antídoto y un reactivo á la vez: voy á echar algunas gotas en esta bebida: si es inofensiva, nada observarás; pero si contiene veneno, la verás descomponerse y cambiar de color. (El Comendador, mientras habla, hace lo que dice.)

DUQUE. Dios de misericordia!

COM. Mira! mira el veneno!

DUQUE. Dios mio! Dios mio! (Arrójase sobre una silla y se cubre el rostro con las manos. El Comendador aterrado toca una campanilla.) Qué haré? Qué haré?

COM. (Dando á un criado que sale, la tetera y la taza.) Jorge, lleva esto á mi cuarto, y ciérrale de modo que nadie pueda entrar. Lo has comprendido bien?

CRIADO. Muy bien, señor Comendador.

DUQUE. Conque es mi destino verla morir en mis brazos?

COM. El ataque es muy hábil, y pueden ser insuficientes los medios de defensa.

DUQUE. Aconséjame por Dios... Yo no puedo dejarla morir asi! (Sale la Duquesa.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS.—LA DUQUESA.

DUQUESA. Qué es eso?

DUQUE. (Fuera de sí.) Esto es que te he confiado mi hija, que

me has respondido de ella, que he sido un criminal por habértela entregado, y un insensato por haberme fiado de tus promesas.

DUQUESA. Esplícate!

DUQUE. Díselo tú; díle lo que pasa: díle qué nuevo crímen acabas de descubrirme.

DUQUESA. Crímen? Sí, todo quiero saberlo,

COM. Pues bien, señora, ha visto con sus propios ojos, con qué arte infernal una misteriosa mano continúa destilando veneno en las bebidas de vuestra hija.

DUQUESA. Veneno! veneno todavia! Qué demonio habita bajo este techo maldito? yo misma la preparo el alimento y las medicinas: por el dia la cuido; por la noche velo á su lado. Qué más puedo hacer? He agotado todos los recursos! Cómo he de luchar con esa mano invisible, que al arrebatarme mi hija me arranca el corazon?

DUQUE. Pues bien! Yo no creo que estén agotados los recursos, porque todavia hay uno infalible.

DUQUESA. Cuál es? dí, díle pronto.

DUQUE. Pondré el espacio entre el verdugo y la víctima... Partiré de aquí con mi hija.

DUQUESA. Sí, sí, tienes razon; huyamos, alejémonos de aquí! No se me habia ocurrido eso. Es preciso partir muy pronto.

DUQUE. Hoy mismo: yo la acompañaré.

DUQUESA. Tú? Y yo?

DUQUE. Recuerdo que me dijiste: á nadie confio mi hija... Eso mismo te digo yo hoy: iré con ella yo solo.

DUQUESA. Solo! (Al Comendador.) Y tú se lo has aconsejado?

COM. (Conmovido.) Yo... señora... yo...

DUQUESA. Quereis robarme mi hija? Quereis separarme de ella? Ah! Antes me matareis!

DUQUE. Obedecereis, señora, porque yo lo mando.

DUQUESA. Si te obedeciera, seria una madre desnaturalizada.

Además, dónde tengo yo fuerzas para obedecerte? para resistir tus órdenes, sí, para eso me creo invencible! Quieren matar á mi hija! No veis que para desbaratar esos odiosos planes, es necesaria una energía sobrenatural, un amor sin límites, la proteccion de Dios, qué se yo! Y dónde quereis encontrar todo eso, sino en el corazon de una madre!... Estais decidido?... yo tambien. No me separaré de ella.

DUQUE. Es preciso, señora.

DUQUESA. No me separaré de ella; lo repito.

DUQUE. Esta misma noche partiré con mi hija.

DUQUESA. No! Por piedad! no me des ese horrible castigo... mi hija corre un gran peligro. Sobrado desgraciada soy!

COM. (Al Duque.) Armando!

DUQUESA. (Al Comendador.) Ah! sé tú mi juez. Díle que no tiene derecho para separarme de mi hija; pídele que no lo haga.

COM. (Fuera de sí.) No! ni debe hacerlo, ni lo hará!

DUQUE. Qué estás diciendo?

COM. Digo, que ahora que la he oido, seria injusto si no alzára la voz en su defensa; digo que no la separarás de su hija.

DUQUESA. Ah! gracias!

DUQUE. Qué ha hecho pues para justificarse á tus ojos?

COM. Y tú lo preguntas? Mírala, desgraciado! ni aún sospecha que sobre ella pesa una horrible acusacion!

DUQUESA. (Asombrada.) Una horrible acusacion sobre mí!.. (Dando un grito.) Ah! Pues no cree todavía que yo asesino á mi hija!

ESCENA VII.

Los mismos.—BLANCA.

DUQUESA. Blanca! ven á mis brazos! ven! ven, hija mia!

DUQUE. (Adelantándose.) Señora...

DUQUESA. (Abrazando á Blanca.) No sabes, hija mia, que quieren que me abandones, que quieren separarnos?

BLANCA. Separarme de tí!

DUQUESA. Dicen... que yo no te quiero, que yo... Ah! si supieras lo que dicen... (Con voz sombría.) si supieras lo que imaginan!

BLANCA. Que tú no me quieres! eso es una horrible blasfemia!

DUQUESA. Tu padre la profiere.

BLANCA. Mi padre!.. Vos! Vos quereis separarme de mi madre! Y por qué? por qué?

DUQUE. Es indispensable, Blanca.

DUQUESA. Has estado muy mala, hija mia... y aunque ahora... ya estás mejor, ya estás fuera de peligro...

DUQUE. (Interrumpiéndola.) Señora...

DUQUESA. Tu padre cree... que la causa del peligro que amenazaba tu existencia... soy yo... que es tu madre!..

BLANCA. Tú! tú! madre mia!... (Abrazándola.) Esta es mi respuesta.

DUQUESA. Hija mia! hija de mi alma! Señor Duque, llevaos á vuestra hija! lleváosla; su corazon se queda conmigo; no nos separais.

ESCENA VIII.

Los mismos.—ELENA.

ELENA. Padre mio! en el salon os esperan unos hombres vestidos de negro... El señor juez quiere hablaros...

Tomad. (Dale un pliego. La Duquesa se acerca vivamente al Duque, mientras Elena pasa al lado de Blanca.)

DUQUESA. Qué es eso?

DUQUE. (A la Duquesa.) El doctor Disdier despues de la consulta ha dado parte á la justicia... y nos espera.

DUQUESA. (Con alegría, aparte al Duque.) (La justicia!.. tanto mejor!.. ella descubrirá al criminal... ella...)

DUQUE. (Ni se ha turbado, ni se ha conmovido...)

DUQUESA. Blanca, el cielo nos ampara... nos separamos de tí por un momento. Espéranos.

BLANCA. Volvereis pronto?

DUQUESA. Sí, muy pronto. (Con dignidad.) Venid, señor Duque.

DUQUE. Vamos, señora. (Vanse el Duque y la Duquesa.)

ESCENA IV.

EL COMENDADOR.—BLANCA.—ELENA.

BLANCA. Ya se han marchado!.. Ay! gracias á Dios que no tengo que violentarme... qué débil estoy! esta lucha cruel me ha quebrantado!

COM. Necesitas descanso... Siéntate en este sofá. (Elena sosteniendo á Blanca por un lado, y el Comendador por otro.)

ELENA. Ven, Blanca. (La ayudan á echarse en el sofá.)

BLANCA. Ah!... así estoy mejor... Pero por qué se empeña mi padre en hacer ese viaje, en separarnos?... Comendador, lo sabes tú?

COM. Tu salud le preocupa extraordinariamente, y ha imaginado que tal vez el cambio de clima... pero creo que no llevará adelante su proyecto.

BLANCA. Cuánto me alegraria! Yo no quiero separarme de mi madre, ni de Elena.

ELENA. Separarnos! nunca!

BLANCA. Qué buena eres, hermana mia! Cuando despierto y veo tu risueño rostro al lado del mio, me pa-

rece que un rayo de sol vivifica mi corazon. (Pausa.) Qué cansada estoy! qué débil!

COM. Procura dormir un poco.

BLANCA. Sí... sí... mis ojos... se... cierran... Dios mio... consérvame en tu santa guarda! (Duerme.)

COM. (De puntillas.) La noche está avanzada... Voy á llamar á una criada, para que venga á cuidarla.

ELENA. (De puntillas.) No! dejémosla dormir.

COM. Sí: mejor es.

ESCENA X.

LOS MISMOS.—GERMANA.

GERM. (Entreabriendo la puerta.) Señorita...

COM. Quién anda ahí?

ELENA. Qué quieres, Germana? Habla bajo... mi hermana está dormida.

GERM. Ah! señor Comendador.

COM. Qué quieres?

GERM. Esos señores que acaban de llegar, desean que se presenten todos los que están en el castillo. El señor Duque me envia á buscaros á vos y á la señorita Elena.

COM. Bien! Ya vamos. Ven, prima.

ELENA. No: más vale que espere á que la Duquesa venga á reemplazarme... porque... si Blanca se despierta...

COM. Tienes razon... Yo haré que te avisen cuando sea tiempo.

ELENA. Germana, alumbra al Comendador. (Germana toma el candelabro y vanse. Elena abre la ventana.)

ESCENA XI.

ELENA.—BLANCA dormida.—Despues LA MARQUESA.—Elena se dirige de puntillas á Blanca, y la observa un momento.

ELENA. Pobrecita mia! su rostro ha tomado de repente un tinte sombrio y triste como si estuviese dominada por una horrible pesadilla.... Hasta durmiendo padece. (Dirígese al fondo de la escena, á la derecha en frente del sofá donde Blanca esta dormida y se arrodilla ante un reclinatorio.) Dios mio! tened compasion de ella; protegedla contra esas tentativas criminales; concededla toda la ventura que se merece y para la que la habeis criado. Si ha incurrido en tu enojo esta casa, caiga todo sobre mí, Señor; la muerte no me aterra: tengo en el cielo á mi madre que me está esperando. (Queda absorta en su oracion. En este momento ábrese al fondo una puerta secreta que está enfrente del sofá y aparece la Marquesa. Detiénese un instante examina el lecho y el sofá; ve á Blanca dormida, inclina la cabeza sobre la suya: despues viendo en el velador el vaso lleno de agua, derrama en él el contenido de un frasquito. Alza Elena la cabeza; la luz de la luna que penetra en la habitacion por la ventana, ilumina la accion de la Marquesa. Levántase Elena sobresaltada, reconoce á su abuela, y vé su accion; quiere gritar, quiere correr; pero fáltanla la voz y las fuerzas. Solo las recobra cuando la Marquesa desaparece por la misma puerta, que se cierra.) ¡Ah! mi abuela! mi abuela! ella era!... ella era!...

BLANCA. (Despertándose.) Madre mia! Elena!... tengo sed.... dame de beber.... (Tiende la mano al velador, pero Elena se precipita á él, coge el vaso y lo tira.)

ELENA. (Con voz apagada.) No! no! Blanca!... Ah! Dios mio! Dios de misericordia! (Cae de rodillas al lado del lecho de Blanca.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, sentada en el proscénio, cubierto el rostro con las manos.

ELENA. Ha sido un sueño! Qué espantoso crímen! No, no... es imposible... me habré engañado... no seria ella... (Llorando.) Qué haré!... yo no puedo denunciarla... Pero he de dejar que asesine á mi hermana!

ESCENA II.

ELENA.—BLANCA.

(Blanca sale á las últimas palabras y da un beso en la frente á Elena.)

BLANCA. Buenos dias, Elena.

ELENA. Cómo te has levantado tan temprano? he venido á buscarte...

BLANCA. He pasado muy bien la noche y hace ya tiempo que estoy vestida.

ELENA. Sí? y con quién has hablado? Has estado á ver á tu madre?

BLANCA. Sí.

ELENA. Y... á... á la Marquesa?

BLANCA. No. Despues de mi madre siempre eres tú la primera á quien voy á ver... fui á tu cuarto y no estabas...

ELENA. Gracias, Blanca mia. Siéntate, tenemos que hablar.

BLANCA. (Sentándose.) Ya os escucho, señorita.

ELENA. Blanca... tú crees que yo te quiero mucho?

BLANCA. Pues no lo he de creer! Vaya una pregunta!

ELENA. Pues bien: si yo tuviera un pensamiento fijo que no se apartase de mi imaginacion; si mi alma sintiera un presentimiento que no fuera posible combatir; si hubiese encontrado el medio de curarte desde luego y de conservarte para el cariño de tu madre y el amor de Gaston, harias tú lo que yo te pidiese?

BLANCA. Si estuviera en mi mano, por qué no?

ELENA. Me lo prometes? me lo juras?

BLANCA. Con toda mi alma.

ELENA. Pues bien, es preciso que salgas del castillo, que te alejes de aquí.

BLANCA. Que me aleje de aquí!... Tú tambien... deseas...

ELENA. Sí, hoy mismo, ahora mismo. Parte, Blanca mia, parte; yo te lo suplico.

BLANCA. De que modo me dices eso! A qué viene tanta precipitacion? Qué sucede?

ELENA. No me preguntes más... no puedo decirte nada... es un pensamiento que se ha apoderado de mí... no sé dónde... no sé cómo... pero creo en él... y si tomas mi consejo, te curarás, Blanca, y serás feliz.

BLANCA. Yo no puedo por mí sola tomar esa resolucion, cuando ayer mismo me oponia á la voluntad de mi padre que se empeñaba en sacarme de aquí.

ELENA. Díle que has mudado de parecer; que no quieres

permanecer más tiempo en el castillo; que este clima te es fatal; que conoces que en otra parte te restablecerias en poco tiempo... en fin, insiste en partir... y exígelo; que aunque crea que solo es un capricho tuyo, te ama tanto que no vacilará en complacerte.

BLANCA. Lo haré, Elena; pero con una condicion: ya sabes que soy curiosa: lo has soñado?

ELENA. Si lo he soñado! Ah! no! no ha sido un sueño; estaba tan despierta como ahora; te veia como te estoy viendo... cuando surgió en mí la idea de hacerte partir... No es verdad que partirás? Prométélo, júralo... Es indispensable! (Salen la Duquesa y el Comendador, que se detienen un instante en el fondo y oyen las últimas palabras de Elena.)

ESCENA III.

LOS MISMOS.—EL COMENDADOR.—LA DUQUESA.

DUQUESA. (A Elena vivamente.) Deseas que Blanca parta! Es encargo de tu padre?

ELENA. (Turbada.) No señora, no; es consejo mio; mio solamente: estaba rogando á Blanca que os pidiera permiso para irse lejos de aquí.

COM. Hola, primita, me vas á los alcances... cursas tambien medicina?

BLANCA. Elena se ha empeñado en que así me pondré enteramente buena.

ELENA. (Vivamente.) Enteramente! (La Duquesa y el Comendador se miran con asombro. Elena se contiene.) Quiero decir que te pondrás mejor y perderás hasta el recuerdo de tanto como has sufrido.

DUQUESA. Y cómo se te ha ocurrido eso?

COM. Muy sencillo. Hay cosa más natural que mude de aires un enfermo? (Con intencion.) Ya pensaremos en ello, y dentro de algunos dias...

ELENA. Y por qué no hoy mismo? A qué esperar? A qué diferir la partida?

DUQUESA. Y á qué atropellarse? Ahora no puede tu padre salir del castillo.

ELENA. Pues bien; partid con ella, vos, señora Duquesa; partid sin perder un dia, una hora, un minuto... (Al Comendador.) Pídeselo tú; une tus súplicas á las mias... Y tú, Blanca, no olvides que me lo has prometido, que me lo has jurado... Permanecer aqui... no, no, de ningun modo...

COM. Pues yo, prima, creo que convendria esperar...

ELENA. Esperar...

COM. Sí, porque dentro de pocos dias tu hermana estará restablecida.

ELENA. (Vivamente.) No.. muer...

DUQUESA. Elena! (Aparte al Comendador.) (Elena sabe quién es el culpable. Vete con Blanca.)

COM. Prima, ven. Vamos á ver á tu padre, y trataremos con él de tu viaje. (Ofrécela el brazo.)

DUQUESA. (Al fin voy á descubrir ese horrible secreto.)

BLANCA. Hasta luego. (Vanse el Comendador y Blanca.)

DUQUESA. Adios, hija mia. (A Elena.) Quédate.

ESCENA IV.

LA DUQUESA.—ELENA.

DUQUESA. Elena, sabes tú cuál es la causa de la enfermedad de tu hermana?

ELENA. Sí: el veneno.

DUQUESA. No basta eso: sabes tú cuál es la mano criminal que la asesina? lo sabes?

ELENA. (Con terror.) Yo!

DUQUESA. Sí lo sabes!... Díme quién es!

ELENA. Os equivocais, señora, no lo sé.

DUQUESA. Bien. Pero habrás hallado por casualidad algun indicio?... Tienes sospechas solamente? No importa: dínos tu pensamiento; derrama un rayo de luz en medio de las tineblas que nos rodean: por débil que sea, tal vez podrá encaminarnos... Ah! Elena! una palabra... una sola.

ELENA. Si pudiera decirlo, ya lo sabríais, señora.

DUQUE. Mira que á veces el silencio es un crímen. No sabes que hay secretos que abrasan, que deshonran la conciencia de quien los guarda; secretos que Dios reprueba, secretos que Dios castiga?

ELENA. Yo me pongo en manos de Dios, y si me condenara, bendeciria su justicia.

DUQUESA. No comprendes que el que trata de asesinar á Blanca, puede renovar sus tentativas... aqui... ó en otro lado?.. Quieres tú que la maten?

ELENA. Lleváosla, señora, ya os lo he dicho; partid con ella y se librará... se librará... os lo juro por mi alma, por su vida, por Dios que me escucha.

DUQUESA. Oye, Elena. Si tomé el lugar de tu madre, el cielo es testigo de que nunca he sido para tí una madrastra; te he amado como si fueras mi propia hija; aprovechaba cuantas ocasiones se presentaban para procurar tu felicidad; y si lo hacia, no era para que olvidases á la que te dió el ser, sino para que vieras que tenias dos madres, una que pedia por tí en el cielo, y otra que cuidaba de tí en la tierra.

ELENA. (Con efusion.) Vos sois muy buena, señora, y vuestros beneficios no han recaido sobre un corazon ingrato, porque yo os quiero con toda mi alma.

DUQUESA. Tú me quieres! Pues bien; si yo te dijera que puedes salvarme más que la vida; que puedes salvarme la honra...

ELENA. Señora... no os comprendo.

DUQUESA. Elena! Sabes á quién se acusa de ese abominable crímen?

ELENA. (Vivamente.) A quién, señora?

DUQUESA. A mí!

ELENA. A vos?

DUQUESA. A mí! Dicen que yo atento á la vida de mi hija.

ELENA. Diós mio!

DUQUESA. Comprendes ahora lo que pasa en mi alma? He sufrido el ultraje de que me juzguen indigna de cuidar á mi hija. No tengo más remedio para probar mi inocencia que descubrir al culpable... y tú... tú, Elena, puedes facilitarme ese medio; tú puedes ser el áncora de mi salvacion. Elena! Elena mia, me lo dirás ahora todo?

ELENA. (Conmovida.) Señora! puedo dar mi vida, y la daré gustosa por probar que sois un ángel de bondad, de ternura y de cariño. Me pondré entre vos y vuestros acusadores, y gritaré con toda la efusion de mi alma que sois inocente, que yo lo sé, que tengo pruebas, y lo juraré... eso es todo lo que puedo hacer, y eso es lo que haré, señora; pero por piedad nada más me pidais; no exijais nada más de mí.

DUQUESA. Ah! no la enternece mi llanto! Qué te he hecho yo para que me dejes morir de pena cuando sabes que con una palabra puedes salvarnos á todos!

ESCENA V.

LA DUQUESA.—ELENA.—EL DUQUE.

DUQUESA. Duque, no te canses en buscar el asesino de Blanca. Tu hija sabe quién es.

DUQUE. Elena?

Elena. Qué estais diciendo?

Duquesa. Interrógala: mándaselo ó suplícaselo: la obediencia ó el cariño tendrán que obligarla á hablar.

Duque. Sabes tú quién es?

Elena. Padre mio, yo he rogado á la señora Duquesa que salga con Blanca de este castillo al momento, porque creo que es el único medio de que mi hermana se salve: eso es todo lo que he dicho.

Duquesa. No ha sido eso todo. Cuando presa de mi desesperacion la dije que se sospechaba de mí, me respondió que estaba pronta á jurar que yo era inocente y que tenia la prueba.

Duque. (A Elena.) Has dicho eso? has dicho eso? responde.

Elena. Sí: juro que la señora Duquesa es inocente.

Duque. Entonces tú conoces al culpable! Qué te impide el decir quién es? sabes tú qué nombre se dá al que oculta un crímen, al que consiente que recaigan las sospechas sobre el inocente?

Elena. Sí, lo sé: quien tal hace, es cómplice del criminal: me creeis capaz de serlo, padre mio?

Duque. El que pregunta soy yo: quién es el culpable?

Duquesa. Lo sabe... lo sabe... Mírala bien.

Elena. No se más.

Duque. Elena! Yo no tengo corazon para hablarte con la severa autoridad de un juez. (La toma en sus brazos.) Hija mia, si tu padre te ruega que nos digas á todos la verdad, tendrás valor, tendrás resistencia para negarte á ello? Dí, responde, hija mia. (La abraza.)

Elena. (Sollozando.) Yo no sé nada, padre mio, nada.

Duque. Nada sabes? Júralo por la memoria de tu madre.

Elena. Padre! piedad!

Duque. Júralo por la tumba de tu madre.

Elena. (Retrocediendo.) No... no!... antes...

Duque. Habla pues!

Duquesa. Sí, Elena... habla, habla.

ELENA. (Llorando.) Pues bien. (Abrese la puerta de la izquierda primer término.) (Ah! mi abuela!)

DUQUE. Qué te detiene?

ELENA. Padre! matadme! nada más sé.

DUQUE. Bien! cumple tu voluntad, yo cumpliré con mi deber: me llevaré á mi hija. (Vase.)

ELENA. (Con alegria.) Ah!

DUQUESA. (Se acerca á Elena que esta inmóvil mirando á la Marquesa.) Elena! Hija mia! aun no he perdido las esperanzas: reflexiona que dejo en tus manos mi vida, la vida de tu hermana: reflexiónalo, Elena, y tú nos salvarás; sí, tú nos salvarás. (La abraza y vase.)

ESCENA VI.

ELENA.—LA MARQUESA.—GERMANA.— CRIADOS.

ELENA. No me abandoneis, Dios mio, inspiradme! Dadme vuestro amparo, porque me faltan las fuerzas. (Sacan á la Marquesa en un sillon.)

GERM. (Deja sobre el velador un vaso de agua.) Quiere beber la señora Marquesa?

MARQ. No: no quiero nada. Quién está ahí?

GERM. La señorita Elena. Tiene la señora Marquesa algunas órdenes que darme?

MARQ. No: gracias. (Vanse Germana y los criados.) Eres tú, Elena? En qué consiste que todavia no te he visto hoy? Ven. Dicen que tu hermana se marcha, y he deseado verla. Acércate. (Movimiento de vacilacion en Elena.) Qué tienes? estás muy pálida. Te has quedado á cuidar de tu hermana?

ELENA. La última noche que paso á su lado!

MARQ. (Vivamente.) La última!

ELENA. Sí: hoy se marcha del castillo!

MARQ. Hoy! Ah! conque es cosa decidida?

ELENA. Es cosa decidida.

MARQ. Es decir que está mejor... la hija... de la señora Duquesa?

ELENA. Sí señora, mi hermana está mejor... y creo... que á mí me lo debe.

MARQ. Cómo es eso?

ELENA. No tenia mucha fé en la ciencia del Comendador, y noté que la bebida que tomaba todas las noches en lugar de mejorarla la empeoraba.

MARQ. Ah!

ELENA. Y esta noche en vez de la bebida, la dí agua clara.

MARQ. (Vivamente.) Tú has hecho eso?

ELENA. Y mi hermana está hoy mucho mejor que ayer.

MARQ. Ah! con que está mejor?

ELENA. (Observándola.) Quizá lo que he hecho no tenga mucho mérito... porque la bebida que tomaba Blanca... no era mala.

MARQ. (Dando un grito.) La has bebido?

ELENA. Yo?

MARQ. La has bebido? Responde!

ELENA. Por qué me preguntais eso, abuela?

MARQ. Responde.

ELENA. (Con indiferencia.) No.

MARQ. (Ah!)

ELENA. (No hay duda!)

MARQ. Y dices que está mejor?

ELENA. Sí señora; ah! si la aconteciera alguna desgracia... moriria yo de pena.

MARQ. Sí, sí. Gran desgracia seria la muerte de Blanca, y yo lo sentiria mucho, aunque así recobrabas tu título y tu fortuna, mientras que ahora solo eres una huérfana de quien nadie se acordará cuando yo falte.

ELENA. (Oh! Y por mí, por mí comete ese horrendo crímen.) (Aléjase de la Marquesa.—Oyese un coche.)

MARQ. Qué es eso?

ELENA. Un coche: sin duda en el que Blanca vá á partir.

MARQ. (Ah! Vano ha sido mi fingimiento despues que el Comendador me curó; he cometido un crímen inútil!)

ELENA. (Mi hermana parte... y yo me voy á quedar sola con mis crueles recuerdos... pero Blanca vivirá!)

MARQ. Y se marcha sin despedirse de mí? Sabes tú algo, Elena?

ELENA. (Mirándola de hito en hito.) Deseais... verla?

MARQ. Por qué no? A eso he venido!

ELENA. (Con terror.) Ah! Blanca! Y viene!

MARQ. Viene! (Me deparará el destino la última ocasion!) Anda á recibirla, Elena.

ELENA. Yo!.. que yo...

MARQ. Sí: traela aquí. Anda... anda...

ELENA. (Muy conmovida.) Sí... sí... voy... voy... (Aléjase lentamente.)

MARQ. Ahora... si no muere ella... moriré yo!.. (Derrama en un vaso el contenido de un frasquito; su mano tiembla y toca el frasco con el vaso: al ruido, Elena que ha llegado á la puerta de la derecha, vuelve la cabeza y vé con terror el movimiento de la Marquesa.)

ELENA. (Bajando vivamente al proscénio.) Abuela!

MARQ. (Con frialdad.) Qué?

ELENA. (Con la vista fija en el vaso.) Es... es... mi hermana... aquí está... ya llega. (En todo este tiempo Elena no aparta la vista del vaso.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—BLANCA.—GASTON.

BLANCA. Vamos á separarnos, Elena mia, pero no por mucho tiempo: irás pronto á reunirte con nosotros.

GASTON. Sí, hemos sabido, señora Marquesa, que estábais en el cuarto de Blanca y venimos á despedirnos de

vos, y á suplicaros que permitais á Elena, el ir á reunirse con nosotros dentro de poco tiempo.

MARQ. Con vosotros!

BLANCA. Mucho sentiré, señora, que no la dejeis asistir á mi casamiento.

MARQ. Ya! quereis que os sirva de doncella de honor, que os ponga ella misma esa corona de desposada que os lo dará todo, amor, ventura, riqueza; quereis que ella misma...

BLANCA. No me lo negueis, señora; si supiérais cuán desgraciada me haríais... si viérais cuánto padezco cuando pienso que vamos á separarnos...

ELENA. Blanca! hermana mia!

MARQ. Pobre niña! En efecto... está conmovida... está temblando...

BLANCA. (Sorriéndose con tristeza.) Es que no estoy enteramente buena, señora: dicen que he estado á punto de morir, y la emocion más leve me trastorna... ahora mismo estoy más débil que nunca.

MARQ. Sosiégate... Mira! toma esa bebida, (Señalando al vaso.) que tal vez te tranquilice... tómala... Elena tiene mi permiso para hacer lo que guste.

BLANCA. Gracias, señora. (Acércase al velador. Elena se acerca á él tambien: Blanca tiende el brazo para tomar el vaso.) Lo has oido, hermana mia?

ELENA. Sí; lo he oido perfectamente. (Pone la mano sobre el vaso.) y tambien lo he comprendido perfectamente. (La Marquesa la mira con asombro.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—EL DUQUE.—LA DUQUESA.—EL COMENDADOR.—TRES MAGISTRADOS.

DUQUE. Elena! los señores magistrados: ahora tienes que hablar por fuerza.

DUQUESA. Sí, Elena; dí quién es el culpable.

ELENA. (Que diga quién es!)

MARQ. El culpable! pues qué! tú le conoces?

ELENA. No: no le conozco. Yo nada sé: yo no sé más sino que tú me has querido mucho, abuelita mia; demasiado tal vez... y que... y que... ya no puedo más. (Toma el vaso y bebe.)

MARQ. (Dando un grito y levantándose para quitarla el vaso.) Ah! desgraciada! qué haces?

DUQUE. Qué es esto?

DUQUESA. Señora!..

COM. Señora Marquesa!

MARQ. No os cuideis de mi!.. socorredla... amparadla... ved que vá á morir!

DUQUE. (Cojiéndola en sus brazos.) Hija mia!

DUQUESA Elena! Elena se muere!

COM. (Con fuerza.) Esplicaos, señora.

MARQ. Socorredla! socorredla!.. (Señalando al vaso.) En ese vaso... en ese vaso, habia un veneno... Yo... yo...

DUQUESA. Ah! (Cogiendo á Blanca en sus brazos.) ella era la que asesinaba á mi hija!

DUQUE. Elena! Elena! Voy á perderla, Dios mio!

COM. (Que ha examinado el vaso.) No! no! Ah! Ya nos conocemos... ya te he combatido mil veces!.. (Solemnemente.) Yo respondo de la vida de Elena!

TODOS. (Con alegria.) Ah!

MARQ. (Alzando la cabeza.) El la salva! y yo... Ah! Dios es justo! (Acométela un ataque epiléptico: pasadas las primeras convulsiones, cae sin sentido.)

DUQUESA. ¡Ah!

COM. (Se acerca á la Marquesa y la reconoce.) Mi prediccion se ha cumplido. Ya no existe!

DUQUE. (A los magistrados.) Señores: nada tiene que hacer la justicia de los hombres en donde está la justicia de Dios!

FIN.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.—Madrid 9 de Febrero de 1864.—*El censor de Teatros,* ANTONIO FERRER DEL RIO.

Las empresas de provincias que deseen figurar con la propiedad que en el teatro del Circo el rayo de luna con que termina el acto tercero, pueden dirigirse al actor don José María García, el cual les dará las esplicaciones necesarias.

CATÁLOGO

DEL

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.



PUNTOS DE VENTA.

EN MADRID.

Cuesta, Carretas 9.
Duran, Carrera de S. Gerónimo 8.
Moya y Plaza, Carretas 8.
Publicidad, Pasage de Matheu.
Lopez, Carmen 29.
San Martin, Victoria, 9.

EN PROVINCIAS.

En casa de los Sres. corresponsales del Centro general de administracion, ó por medio de carta franca, incluyendo su importe con sobre al «Centro general de administracion» S. Agustin, 12, 2.º derecha.

MADRID.

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,
Calle del Clavel, 11, segundo.
1864.

OBRAS CIENTIFICAS.

Rs. vn.

AGUILAR Y SANCHEZ (J. M.)

El Matrimonio, tratado en que se examinan y juzgan las causas de sus sufrimientos y desgracias y se proponen los remedios conducentes: un tomo en 4.º de 124 páginas.
Madrid. 6
Provincias. 7

ALONSO Y RUBIO (F.)

Clinica tocologica, hechos de distócia observados en la práctica civil desde el año 1848 á 1862: un tomo en 4.º prolongado de 270 páginas. Precio en Madrid 16
Provincias. 20

BRAVO (E.)

De la administracion de justicia: obra escrita y dedicada á las respetables clases que la ejercen.—Hay publicadas 25 entregas de este interesante libro, que deberá constar de 30 próximamente, y que muy en breve quedará terminada. El precio de cada entrega es en toda España. 2

Los señores de fuera de Madrid deberán remitir 8 rs. ó sea el importe de cuatro entregas en libranzas del Tesoro ó por cualbuier otro conducto, pero nunca en sellos de franqueo. Los que deseen recibir desde luego la obra por completo, remitirán el importe de 30 entregas.

Rs. vn.

CASTRO Y SERRANO (J DE)

España en Lóndres: correspondencia universal de 1862: un tomo en 8.º—Precio en Madríd 20

CAPAMNY Y MONTPALAU (A.)

Efemerides ó Museo histórico, que comprende los principales sucesos de España y del extranjero, como asimismo toda la parte artística y monumental de los principales paises: dos tomos en 8.º prolongado, en Madrid. 38
En provincias. 42

LEAL (F. R.)

Filosofia social, discursos pronunciados en el Ateneo: un tomo. 22

LOMBIA (J.)

El Teatro, su orígen, índole é importancia: un tomo en 4.º prolongado, en Madrid. 8
En provincias. 10

MOSQUERA Y LOSADA (R)

Manual de Anatomia Práctica. Un tomo en 8.º prolongado
Madrid. 19
Provincias. 22

Rs. vn.

PETÁNO Y MAZARIEGOS (G.)

VIAGES POR EUROPA Y AMERICA, precedidos de un prólogo por el EXCMO. SR. D. PATRICIO DE LA ESCOSURA: un tomo en 8.º prolongado de 264 páginas, en Madrid. 8
En provincias. 10

RAMIREZ (J)

LA CAJA DE PANDORA, coleccion de estudios filosóficos, artísticos, literarios, político-satíricos, de costumbres y viajes: un tomo. . 19

TORRECILLA (G.)

GUIA DE JEFES DE FAMILIA, ó cuantas noticias pueden desear acerca de unas sesenta carreras que hay en España para dirigir bien á sus hijos, 4.ª edicion.
Precio en Madrid. 6
En provincias. 7

OBRAS DE EDUCACION.

Rs. vn.

ALONSO Y RUBIO (F.)

BREVES PÁGINAS dedicadas á la educacion moral de los hijos. Un tomo en 4.º de 278 páginas. Precio en Madrid: 14 rs. en rústica y 16 encartonado.
En provincias. . . . . 18 y 22

ALVERA DELGRAS (A.)

TESORO MÉTRICO colejo general de todas las pesas, medidas y monedas antiguas y modernas de España, Francia, Inglaterra, Portugal y posesiones españolas de Ultramar, y equivalencia de cualquiera número de unidades de las medidas antiguas convertidas al nuevo sistema métrico decimal.—GRAN CUADRO MURAL, aprobado por el Real Consejo de Instruccion pública, premiado por la Direccion general y recomendada su adquisicion por el ministerio de Fomento á todos los demas ministerios, para que estos lo hagan á sus respectivas dependencias, en real órden de 7 de mayo de 1859. Obra utilísima á todos los ayuntamientos, dependencias del Estado, establecimientos públicos y á todo el comercio en general. Su precio en Madrid. 20
En provincias. 24

COMPENDIO DE PALEOGRAFIA española, ó escuela de leer todas las letras que se han usado en España desde los tiempos más remotos hasta fines del siglo XVIII, ilustrada con 32 láminas en fólio, ordenadas tambien por separado en cuatro grandes cuadros murales. Obra utilísima á cuantos se dediquen á las carreras del profesorado; de diplomática ó del notariado;

indispensable á los jueces, escribanos, revisores de letras, archiveros, anticuarios, etc.: escrita expresamente con arreglo al programa aprobado para el curso especial de esta asignatura en la escuela normal central, y para que sirva de testo en todas las escuelas de la Península. Su precio en Madrid. 40
En provincias 48
Y lo mismo los cuadros.

BIBLIA DE LOS NIÑOS epítome de la historia del Antiguo Testamento, desde la creacion del mundo hasta los reyes de Israel, y lecciones sencillas de moral, sacadas de la misma Escritura. Examinada y aprobada por la Vicaría eclesiástica de esta córte, y premiada con indulgencias por los Excmos. señores Cardenal Arzobispo de Toledo y Patriarca de las Indias; señalada por el gobierno de S. M. de testo para las escuelas como libro de lectura, religion y moral. Su precio en Madrid, en rústica. 4
En carton, 38 cuartos.

NUEVO CATON, religioso, moral, político y civil para aprender y enseñar á leer el idioma español: adoptado por testo en la escuela normal central. Su precio en Madrid. 4

CUADERNOS AUTOGRAFIADOS para aprender y enseñar á escribir cursiva con velocidad y ortografía, y á leer correctamente la letra manuscrita: cuatro cuadernos, el 1.º y 4.º. 4
Y el 2.º y 3.º á 2 y 1/2.

COMPLETA COLECCION de muestras de letra española; novísima edicion nuevamente grabada, con muestras de cursiva: la más completa de cuantas hay publicadas; aprobada y señalada de testo para todas las escuelas del Reino. 6

ANDILLA (BARON DE)

FÁBULAS Y CUENTOS MORALES escritos en variedad de metros y dedicados á S. A. R. la serenísima señora Infanta doña María Isabel Francisca de Asis, con un prólogo por don Antonio Aparici y Guijarro. Esta coleccion de fábulas, tan útil para la infancia, ha sido señalada de testo por el Gobierno de S M. Segunda edicion ilustrada con ocho preciosas láminas.
Precio en Madrid.. 5
En provincias. 6

SEGUNDA COLECCION de fábulas y cuentos morales, con un prólogo de D. Antonio Cabanillas y un diccionario enciclopédico para uso de la infancia. Obra de testo. Segunda edicion ilustrada con ocho lindos grabados, trabajo de nuestros primeros artistas, edicion de lujo en 8.º prolongado.
Precio en Madrid. . . . .
En provincias. . . . .

CASTELLANOS (B. S.)

MEMORANDUM HISTORIAL, nociones de la historia universal y particular de España por siglos, con la cronología, religiones, dioses fabulosos, Estados, soberanos, hombres célebres, instituciones, monumentos, invenciones, progreso de letras, artes, ciencias, industria, usos y costumbres de cada siglo; obra escrita para que pueda servir de testo en las escuelas normales, seminarios conciliares é institutos del reino.—Un tomo de unas

Rs. vn.

600 páginas. Su precio en Madrid. 15
En provincias. 18

NOCIONES DE GEOGRAFIA DE ESPAÑA con el censo de poblacion publicado últimamente por el gobierno, y las dimensiones superficiales señaladas á cada provincia: obra expresamente escrita para testo de dicha asignatura en la escuela normal central, adornada con un mapa de España, en el cual se hallan marcadas todas las carreteras y ferro-carriles: un tomo de más de 250 páginas. Su precio en Madrid.. 12
En provincias.. 14

HARTZENBUSCH (J. E.)

CUENTOS Y FÁBULAS, 2.ª edicion corregida y aumentada: dos tomos en 12.º en Madrid. . . . 12
En provincias. 14

FÁBULAS en verso castellano, aprobadas y señaladas para testo en las escuelas de primeras letras: edicion económica para uso de los niños: su precio 3 reales en rústica, 3 y 1|2 en carton, y 4 rs. en holandesa en Madrid; y 3 y 1|2 en rústica, 4 reales en carton y 4 y 1|2 en holandesa, en provincias.

TORRECILLA (C.)

ARITMÉTICA DE NIÑOS señalada en primer lugar por el Real Consejo de Instruccion pública, entre las seis que con arreglo á la ley deben servir de texto en todas las escuelas del reino.
Precio en Madrid. 2
En provincias 2 y medio.

ELEMENTOS DE ARITMÉTICA Obra muy estensa, y señalada de texto para la escuelas.
Precio en Madrid.. 4
En provincias. 5

OBRAS LITERARIAS.

Rs. vn.

ASQUERINO (E.)

ENSAYOS POÉTICOS con la oda en loor de S. M. la Reina, con motivo del monumento mandado levantar á don Agustin Argüelles, premiada en el certámen público: un tomo en 8.º prolongado de lujosa impresion. Su precio en Madrid. 12
En provincias. 15

CASTRO Y SERRANO (J. DE)

CARTAS TRASCENDENTALES escritas á un amigo de confianza, primera série 2.ª edicion: un tomo en 8.º. 10
LA 2.ª SERIE ESTA EN PRENSA.

RECUERDOS DE INGLATERRA: cartas familiares: un volumen. (En prensa.)

Rs. vn.

DIANA (M. J.)

UN PRISIONERO EN EL RIFF. Memorias del Ayudante Alvarez: obra geográfica, descriptiva, de costumbres, y con un vocabulario del dialecto riffeño, segunda edicion: un tomo en 8.º prolongado de 336 páginas.. . . 6

GARCIA QUEVEDO (J. H.)

DELIRIUM, leyenda fantástica: un tomo en 8.º prolongado, edicion de lujo con grabados y láminas.
Su precio en Madrid. 22
En provincias. 26

PALACIO (M.)

FUNCION DE DESAGRAVIOS que hace en obsequio de las Bellas Artes un acólito del templo de las letras. Folleto en 12.º 4

PEREZ ESCRICH (E.)

LA CARIDAD CRISTIANA, segunda parte de «el Cura de Aldea,» novela original, 5 tomos.. 40
EL MÁRTIR DEL GÓLGOTA, tradiciones de Oriente: esta interesante obra constará de cinco ó seis tomos en 8.º, con láminas, al precio de 8 rs. tomo: se han publicado 4 tomos; el 5.º está en prensa.

Rs. vn.

SELGAS Y CARRASCO (J.)

HOJAS SUELTAS, viajes lijeros alrededor de varios asuntos, un tomo en 8.º prolongado, en Madrid. 8
En provincias. 9
LA PRIMAVERA, EL ESTIO, poesías: 8 rs. en Madrid y 10 en provincias, cada tomo: comprando dos cuestan en Madrid. 14
En provincias.. 18
MÁS HOJAS SUELTAS, nueva coleccion de viajes ligeros alrededor devarios asuntos: un tomo en 8.º prolongado, en Madrid.. 8
En provincias. 9
NUEVAS PÁGINAS. Secretos íntimos que con el mayor sigilo se confian á todo el que quiera saberlos. Un tomo en 8.º prolongado En Madrid. 8
En provincias. 9
LA MANZANA DE ORO, novela de costumbres, (en prensa.)

ZORRILLA Y G. QUEVEDO

MARIA, corona poética de la Vírgen, poema religioso, un tomo grueso en 8.º prolongado, de lujosa impresion. En Madrid. 30
En provincias.. 36

OBRAS DRAMÁTICAS.

Rs. vn.

ALTADILL (A.)

Don Jaime el conquistador, drama histórico en tres actos.. 8

Rs. vn.

ALTOLAGUIRRE (M. A.)

El héroe de Anghera, drama histórico en dos actos. 6

Rs. vn.

AUSET (A.)

Un problema de la vida, comedia en tres actos. 8

BALAGUER (V.)

Don Juan de Serrallonga, drama en tres actos, dividido en cinco cuadros. 8

BELADIEZ A.

Flores y frutos, comedia en tres actos.. 8

DIANA (J. M.)

Los trapisondistas, comedia en un acto. 4

DIAZ (J. M.)

Virtud y libertinage, comedia en tres actos. 8

FERNEL (F. A.)

El bien y el mal. Ensayo dramático en tres actos, un prólogo y un epílogo. 8

GARCIA (J. M.)

Las manos blandas, comedia en tres actos.. 8

La Aldea de S. Lorenzo, melodrama en cuatro actos, 2.ª edicion. 8

Una cueva de ladrones, juguete cómico en un acto. 4

GOMEZ TRIGO (G.)

Mentiras graves, comedia en tres actos. 8

HARTZENBUSCH (J. E.)

El mal apóstol y el buen ladron, drama en 5 actos, 2.ª edicion... 8

HARTZENBUSCH (J. E.)
Y
CAYETANO ROSELL

El padre pródigo, comedia en cuatro actos. 8

Rs. vn.

LIERN (R. M.)

La almoneda del diablo, comedia de magia en cuatro actos 8

LOMBIA (J.)

Lo de arriba abajo, comedia en dos actos. 6

El sitio de Zaragoza, drama en cuatro actos.. 8

MOZO ROSALES (E.)

La grandeza de Alcorcon, comedia en un acto. 4

Marchar contra la corriente, id. en tres. 8

ORTIZ DE PINEDO (M.)
Y JOSE M. GARCIA.

Una heroina... de Capellanes, comedia en tres actos. 8

PINA (M.)

Carambola y palos, comedia en un acto. 4

A caza de divorcios, comedia en id. 8

RAMIREZ (J.)

La culebra en el pecho, drama en tres actos.. 8

El camino de la gloria, comedia en tres actos. 8

REYES (F. L.)
Y ANTONIO ROTONDO.

La abuela, drama en cuatro actos 8

SERRA (N.)

El amor y la Gaceta, juguete en tres actos. 8

SOBRADO (P. M. DE)

La playa de Algeciras, apropósito en un acto. 4

Escenas de campamento, id. id. . 4

TRIGUEROS (M.)

La toma de Tetuan, comedia en un acto 4

El prestamista, comedia en un acto. 4

El empirismo y la ciencia, comedia en tres actos. 4

OBRAS LÍRICO-DRAMÁTICAS.

Rs. vn.

ALTADILL (A.)

*La voz de España, loa en un acto. 4

ALVAREZ (E.)

*La hija del regimiento, zarzuela en tres actos. 8
La hija del pueblo, id. en dos. . 6
Marta, id. en tres. 8
La Reina Topacio, id. id.. 8
La voluntad de la niña, id. en un acto 4
*Á partir con el diablo. 8

ANDILLA (BARON DE)
Y
G. MORAN.

La dama blanca, zarzuela en tres actos. 8

ARNAO (A.)

*El dominó negro, zarzuela en tres actos. 8
*El cervecero de Preston, id. id. . 8

BREMON (L.)

*Una emocion, zarzuela en un acto. 4

BUSTILLO (J.)

*El padre de mi mujer, juguete en en un acto 4

FERNANDEZ (P.)

*Juan sin pena, zarzuela en un acto 4

LARRA (M.)

*La perla negra, zarzuela en tres actos. 8

LOPEZ (F.)

*Los cazadores en Africa, zarzuela en un acto. 4

MARTINEZ CUENDE (E.)
Y
JOSE M. LARREA.

*Por un inglés, zarzuela en un acto. 4

Rs. vn.

*El amor constipado, id. id. . . . 4

MORAN (G.)

*Fra Diávolo, zarzuela en tres actos. 8
*Las damas de la Camélia, zarzuela en un acto. 4

OLONA (L.)

*El secreto de la Reina, zarzuela en tres actos. 8

PALACIO (M.)

*D. Bucéfalo, zarzuela en tres actos. 8
*La vuelta de Columela, id. en id. 8

PEDROSA (F. MARTINEZ.)

*La red de flores, zarzuela en un acto 4

PASTORFIDO (M.)
Y
M. SERRA.

Los monederos falsos, zarzuela en tres actos. 8
*Zampa, id. en id. 8

PICON (J.)

*Anarquía conyugal, zarzuela en un acto. 4
*Memorias de un estudiante, zarzuela en tres actos. 8
*Entre la espada y la pared, idem en id. 8
*Un concierto casero, sainete lírico en un acto. 4
La isla de San Balandran, zarzuela en un acto. 4
*La doble vista, id. en un acto. . . 4

PINA (M.)

Compromisos del no ver, zarzuela en un acto. 4

Rs. vn.

*El jóven Virginio, id. en id. . . 4
El niño, id. en id. 4
*El sordo, id. en dos actos. 6
*Enlace y desenlace, id. en id. . . 6
*Los peregrinos, id. en un acto. . 4
*Un trono y un desengaño, zarzuela en tres actos. 8
Aventuras de un jóven honesto, idem en 3 actos. 8
Influencias políticas, zarzuela en un acto. 4
Matar ó morir, id. en un acto. . . . 4
Los dioses del Olimpo, zarzuela en tres actos. 8

RIVERA (L.)

*A Rey muerto, zarzuela en un acto. 4
Stradella, id. en id. 8

ROSELL (C.)

El burlador burlado, zarzuela en tres actos. 8

RUIZ DEL CERRO (J.)

*Los mosqueteros de la Reina, zarzuela en tres actos. 8

Rs. vn.

RODRIGUEZ (A.)

*El nuevo Figaro, zarzuela en tres actos 8

SERRA N.

*La edad en la boca, zarzuela en un acto.. 4
*Una historia en un meson, id. id. 4
*El loco de la guardilla, id. id.. . 4

SOBRADO P. M. DE

*El zuavo zarzuela en un acto.. . 4

VEGA (R. DE LA)

*Frasquito, zarzuela en un acto. . 4
*Los dos primos, id id. 4

VELASCO (R. DE)

*Por faltas y sobras, zarzuela en un acto 4

VILLANUEVA (J. JOAQUIN.)

*La franqueza, zarzuela en un acto 4

ZAMACOIS N.)

*El firmante, zarzuela en un acto. 4

ADVERTENCIA.

Todas las obras que llevan esta señal * al márgen, corresponde su música á esta administracion donde puede tambien pedirse.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

CUESTA, calle de Carretas.
DURÁN, Carrera de san Géronimo.
MOYA Y PLAZA. Carretas, 8.
PUBLICIDAD, Pasage de Matheu.
LOPEZ, Cármen, 29.

EN PROVINCIAS.

En casa de los comisionados del CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.